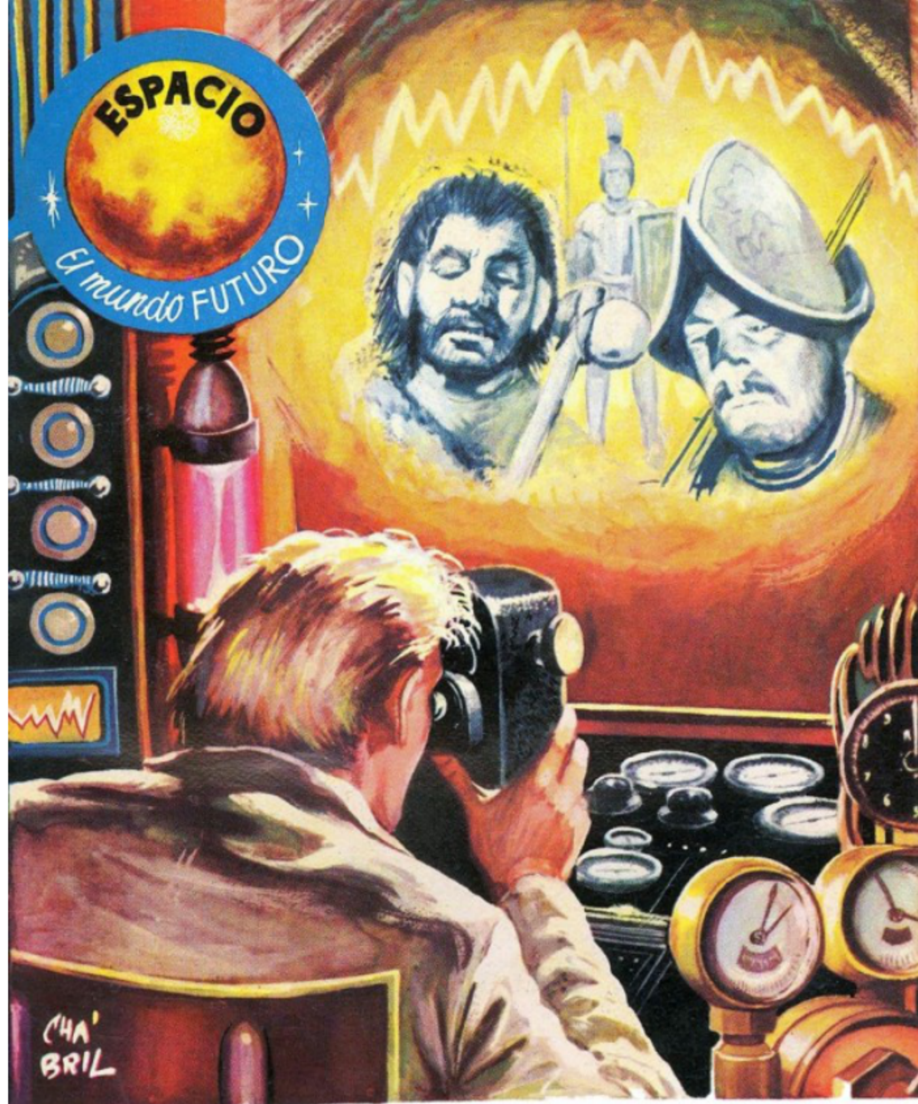


LA PALANCA DEL TIEMPO

LAW SPACE

COLECCIÓN **ESPACIO**

LA PALANCA DEL TIEMPO

por

LAW SPACE

EDICIONES TORAY, S.A.
Teodoro Llorente, 13
BARCELONA

I M P R E S O E N E S P A Ñ A

PRINTED IN SPAIN

GRAFICAS TRICOLOR - Eduardo Tubeau, 12 - Barcelona

ADVERTENCIA PRELIMINAR

«La Palanca del Tiempo» tuvo antes, la posibilidad, casi certeza, de llamarse «El Hombre que Fabricaba Historia». Algo, de la mayor importancia, guió al autor de las líneas que siguen para olvidar definitivamente ese título.

¿Fabricantes de Historia?

Hay demasiados, por ese mundo de Dios, que se creen capaces de fabricar Historia. Para ello, hombres de poca fe, ha bastado que las circunstancias los elevasen a cargos directivos para que se hayan autoconvencido de que no hacían, de la mañana a la noche, más que eso: fabricar Historia.

No hay más que verlos: estudian cada gesto, cada postura, cada movimiento, como si, en realidad, tomasen las precauciones necesarias para que las generaciones futuras sigan admirándolos como se creen admirados por los que hoy en día los soportan.

Dejémoslos; están tan irremisiblemente pagados de sí mismos, que cualquier esfuerzo por modificar su estúpido amaneramiento sería pedir peras al olmo.

«La Palanca del Tiempo» viene a querer demostrar lo peligroso que sería ese dominio de las cosas que parece perseguir, con cierta fortuna, la Física moderna.

Nadie ignora que son muy pocos los sabios que se ponen gafas de humildad para mirar a los grandes problemas de la Vida y del Cosmos. Engreídos por los avances de la técnica y de las matemáticas, se muestran dispuestos a creer posible todo lo que a la pobre gente, como nosotros, nos parece pura elucubración de dementes.

Nunca mejor que ahora traer a colación esos dos inmortales

personajes que creó Cervantes. La Ciencia, para desdicha de los pobres humanos, se ha tornado quijotesca, y nosotros, los corrientes y mesurados Sanchos, pasamos la vida estremeciéndonos de pavor, temblando ante la próxima «aventura» de ese inquieto «Don Quijote», que unas veces nos sale con la bomba de uranio y otras nos amenaza con los platillos volantes.

De nada sirven nuestros consejos, nuestros refranes y hasta nuestros temblores y castañeteos de dientes. El Caballero Andante de la Ciencia está dispuesto a hacemos pasar muy malos ratos...

Y si eso fuese todo.

Pero, por desdicha, «da la casualidad» de que, queramos o no, vivimos en el mismo mundo que toda esa banda de señores que se pasa el día ideando espantosas judiadas...

¿Podemos, en verdad, estar seguros de que mañana por la mañana no nos habremos convertido en átomos, protones, neutrones o mesones, junto con nuestro querido y honrado planeta?

¡Señores, esto no es una vida!

¡No hay derecho!

Deseamos vivir tranquilos nuestra pequeña vida de Sanchos Panza, soñando lo menos posible y saboreando las cosas que nos rodean desde nuestro pequeño rincón de ignorancia. Nada queremos saber de lo que hay más arriba de las nubes, ni tampoco nos hace mucha gracia que nos hablen del «honor» de haber nacido en un siglo en el que se inauguró «La Era Atómica».

¡Por favor, señores Quijotes, déjennos tranquilos!

¿Es que no se dan cuenta de que cuanto más ahondemos en las cosas, peor nos saldrán?

Hasta hace unos años, el hombre ha vivido sin saber lo que era la desintegración en cadena, ni sus funestas consecuencias; sin conocer «las delicias» de los vuelos en aviones muy rápidos, pero fácilmente desintegrables. Además, nuestros buenos y sencillos abuelos vivieron sin avergonzarse de su maravillosa y tranquila ignorancia...

¿Para qué complicarse la vida?

Si no, ahí va el ejemplo del profesor Coleman, de esta novela. Peter Coleman es un personaje que puede existir, en la realidad, dentro de veinte, de cincuenta, de cien o de mil años. ¿Qué importa?

Exista cuando quiera, será siempre un peligro para la pobre Humanidad, que no desea otra cosa que un poco de tranquilidad.

Ya ha habido algunos sabios, Einstein entre ellos, que se «han metido» con el tiempo. El germano-judío lo llamó «cuarta dimensión»; Coleman descubre que, gracias a su poderosa máquina «pluridimensional», puede ser dueño absoluto del tiempo...

¡Cuántas complicaciones, Señor!

¡Con lo felices que éramos nosotros sabiendo que el tiempo era ese simpático «tic-tac» de los relojes!

Pero, por lo visto, no éramos más que unos pobres ignorantes, y Coleman quiere demostrárnoslo de una manera que...

En fin, lo mejor es que pase usted la hoja y empiece a leer...

¡Ojalá, al terminar, tenga usted ganas de reír! Se lo agradeceré sinceramente.

Law Space



Capítulo primero

l joven Thomas Lantoor, del «Tribune Herald», se volvió hacia la preciosa criatura que tenía detrás:

—¿Tú también aquí, Vera?

Vera Porter, del «Woman's Magazine», asintió con la cabeza.

—¿Cómo te enteraste?— insistió el joven.

—No perdiéndote de vista. Cuando vi que no estabas esta tarde en la Asamblea de las Naciones Unidas, me dije: «¡Ese granuja debe tener algo interesante! De otra manera no se perdería el discurso agresivo del delegado soviético.» Entonces, me planté ante tu periódico y esperé hasta verte salir, como un criminal perseguido por todo el F.B.I., mirando a un lado y a otro de la calle, con el cuello de la gabardina levantado y el ala del sombrero echada sobre los ojos...

—¡Eres un lince, Vera!

La muchacha, una rubia con una carrocería especial, como ésas

que las más importantes casas de coches lanzan al mercado de siglo en siglo, sonrió divertida.

Al hacerlo, una impecable doble hilera de dientes brillaron entre las dos láminas rojizas de sus labios.

Thomas se estremeció como si acabase de «pescar» un paludismo.

—¿Qué esperamos aquí?— preguntó la joven, echando una ojeada al oscuro parque junto al que habían detenido sus coches.

—El autobús número 7, preciosa. Me han comunicado, con el mayor secreto, que el conductor del autobús es aspirante al premio Nobel.

Ella encendió un cigarrillo antes de contestar:

—¡Como quieras, «superhombre»! Estaré a tu lado, aunque mañana hablen mal de mí todos los periódicos de los Estados Unidos... Pero te advierto que pierdas toda esperanza de verme desaparecer de aquí antes de saber lo que estás haciendo tú en estos oscuros y lejanos lugares.

Él la miró fijamente:

—Pero... ¿no lo has adivinado, encanto? Todo lo que he hecho no ha sido más que un engaño para atraerte hasta aquí y poder besarte sin que puedas defenderte.

—¿Ya estás poniendo precio a la información?

—¿Qué quieres decir?

—Sencillamente, que si la cosa merece la pena estoy dispuesta a que me beses.

—¡Eres peor que una asamblea de serpientes cobras! Además, has de saber que yo nunca he besado a nadie que no me lo haya pedido repetidas veces...

—¡Por favor, señor Lantoor, béseme, se lo suplico!

—¿Quieres dejarme tranquilo de una vez? Escucha, Vera: te prometo darte parte de la información si eres buena chica y te portas bien...

—Lo que quiere decir...

—Que vuelvas a tu coche y regreses a Nueva York. En cuanto termine con esta entrevista, nos encontraremos de nuevo en cualquier parte, por ejemplo...

—¡Pierdes el tiempo, compañero! Te conozco tanto que sé que serías capaz de darme una información sobre lo que piensan las

viudas de Chicago sobre los Seguros de Vida, diciéndome que era esa la información que habías venido a buscar aquí. ¿Me crees tan tonta?

—No, solamente te considero una «caradura» más que regular.

—Eso no me ofende, pues es una simple deformación profesional. ¡Al grano, amigo mío! Sé que en ese caserón que hay al fondo del jardín vive el profesor Coleman y que, sin ningún género de dudas, has recibido una invitación para decirte algo de la mayor importancia...

—¡Claro que he recibido una invitación! Pero fíjate bien que utilizo solamente el «singular»: he recibido.

—¿Qué importancia puede tener, mi querido amigo, una «s» más o menos...?

Alguien acababa de abrir la verja del jardín y se acercaba a ellos. La luz de los faros, que Thomas había dejado encendidos, iluminaba ampliamente la escena.

El recién llegado era alto, huesudo y joven. Quizá su amplísima frente y las arrugas que enmarcaban su boca le hacían parecer de más edad; pero el tono fresco de su piel y sus mejillas, suavemente coloreadas, desmentía en seguida esas pretensiones de envejecimiento.

—Buenas noches— saludó—. ¿Quién de ustedes es Lantoor?

—Yo— repuso el periodista, lanzando una mirada burlona a la muchacha.

—¿Y usted quién es?— volvió a preguntar el desconocido.

—Yo..—. replicó vivamente Vera, sin que su voz temblase lo más mínimo—, soy su esposa: la señora Lantoor.

Thomas abrió la boca para decir algo, pero una elemental prudencia le retuvo a tiempo.

—Encantado, señora —dijo el huesudo—. Ahora me toca presentarme: soy Phyl Togeter, el ayudante y colaborador del profesor Coleman —y volviéndose hacia Thomas—: ¿También su esposa es periodista, míster Lantoor?

—Sí; es decir... sí, eso es: mi mujer trabaja para mi periódico. De todas formas, si cree usted que el profesor Coleman va a molestarse por haberla traído, no tiene más que decírmelo con toda franqueza y ella regresará a casa o me esperará aquí...

El piececito de Vera aplastó el de su compañero.

—¡No, de ninguna manera! El profesor estará encantado de conocer a su esposa. Hagan el favor de seguirme y perdonen si voy delante, pero el camino, a través del parque, es un poco complicado.

Thomas echó detrás de Togeter, volviendo adrede la espalda a la muchacha.

Ésta, en voz baja, dijo:

—¡Todo el mundo va a darse cuenta de lo poco educado que está mi marido!

—¡Ya arreglaremos cuentas, Vera; te lo prometo! ¡Esta vez no dejaré que te salgas con la tuya!

—No me trates con tanta dureza, cariño, o tendré que pedir el divorcio por crueldad mental.

Thomas se mordió los labios y no dijo nada. Por otra parte, estaban ya llegando a la escalinata de mármol que conducía a la entrada principal de aquel caserón anticuado y tan abandonado que hubiese parecido, a cualquier observador, completamente deshabitado.

El ayudante del profesor, que los precedía, llegó hasta la puerta, empujándola y haciéndose a un lado para dejarles pasar.

Obligado por las circunstancias, Thomas tuvo que esperar a que Vera pasara la primera.

El interior no ofrecía mayor interés que los desconchados muros de fuera. Muebles y cortinajes parecían no haberse tocado desde hacía cien años y ofrecían un completo aspecto de abandono y dejadez.

En el momento que penetraban en el amplísimo vestíbulo, una de las tres puertas que se abrían al fondo, justamente bajo la rampa de la escalera, que ascendía en su primer tramo un poco más a la izquierda, se abrió dando paso a un hombre bajito, regordete, de cabellos blancos y un bigote de intenso color negro que hacía resaltar más el tono plateado de su pelo.

Alboraba una sonrisa amable y, mientras hacía una pequeña reverencia a Vera, avanzó para estrechar la mano de Thomas.

—Bien venidos a mi casa, señores…

Togeter se adelantó para hacer las presentaciones.

—Es la señora Lantoor, profesor.

Nueva reverencia del sabio.

—Encantado de conocerla, señora. ¿Se interesa usted también por los problemas de la ciencia?

—Muchísimo, profesor. No puede usted saber cuánto le agradezco que me haya permitido acompañar a mi esposo.

Thomas volvió a morderse los labios.

Se habían sentado alrededor de una mesa y Phyl salió unos instantes para volver empujando un carrito de servicio con el té preparado.

—Han de perdonarnos, pero carecemos de servidumbre. Desde hace ya cerca de un año preferimos despedir a los criados. La importancia de las investigaciones que estábamos realizando nos dictaba ser excesivamente prudentes.

—Lo comprendo— dijo Thomas.

Las frases que siguieron, mientras Vera servía el té, ya que rogó a Togeter que le cediese tal prerrogativa, trataron de temas sin importancia, completamente baladíes.

Luego, cuando se terminó aquella especie de ceremonia social preparatoria, Thomas, que no cesaba de dirigir miradas incendiarias a la muchacha, tuvo forzosamente que romper el nudo gordiano de la conversación con la pregunta que le quemaba los labios:

—¿Cuál es el motivo de esta entrevista, profesor Coleman?

Peter sonrió antes de contestar:

—Veo que no olvida usted sus deberes, señor Lantoor. Está bien, puesto que desea que vayamos al grano, podemos empezar en seguida: Haga el favor de ir tomando nota cuidadosamente de cuanto le diga.

Thomas sacó el bloc y la estilográfica, apoyando el primero sobre sus rodillas cruzadas.

—A la pregunta que acaba de hacerme —empezó a decir— puedo contestar diciendo que he requerido los servicios del «Tribune Herald» por considerar que se trata del periódico estadounidense que posee una mayor tirada.

Los signos taquigráficos surgían, como por encanto, de la estilográfica de Thomas.

—¿Es que se trata de hacer una comunicación al pueblo americano?— inquirió.

—No, exactamente. Deseo comunicar algo, no al pueblo de los Estados Unidos, sino a todos los pueblos del mundo y a sus

respectivos gobiernos.

—¿Se trata de una advertencia?

La sonrisa que flotaba en los labios del sabio se acentuó:

—No, se trata de un ultimátum...

Thomas dejó de escribir, levantó la cabeza y miró al profesor; luego, preocupado, sin saber por qué, dirigió su mirada hacia Vera, sorprendiéndose al comprobar que estaba tomando notas de la conversación.

Ella le sonrió, mostrando aquella doble hilera de blanquísimos dientes:

—Sólo intento ayudarte, querido... Lamentaría que olvidases algo; luego confrontaremos nuestros escritos.

—Tiene usted una mujer encantadora— opinó Coleman.

—Muchas gracias, profesor— repuso el periodista, haciendo lo posible porque su voz tuviese un tono normal y que no se transparentase la cólera que le dominaba—. Decía usted que se trata de un ultimátum. ¿Esconde esto alguna amenaza?

—Sin duda, señor Lantoor. Deseo dar paso a una nueva forma de gobierno de tipo universal.

Thomas había dejado definitivamente de escribir y miraba con fijeza al sabio, preguntándose interiormente si no se estaba riendo de él.

—Creo— dijo finalmente con un suspiro—, que lo mejor será que exponga cuanto antes el contenido de ese... ultimátum.

—Tiene usted razón, puede empezar a escribir: «Yo, profesor Peter Coleman, exijo de todos los gobiernos del mundo que en el plazo de cuarenta y ocho horas se sometan a mi autoridad, de forma a dar comienzo a una nueva era en la que la Humanidad será dirigida y regida por un grupo de sabios, que mi autoridad determinará en el momento debido. Ya han mandado bastante los hombres sin formación científica, que se han titulado así mismo políticos. La ciencia, que ha sido la que ha proporcionado al Hombre cuanto posee, debe, por propio derecho, tomar, definitivamente, las riendas del Primer Gobierno Universal.»

Thomas se sintió profundamente desconcertado. Ya no podía dudar que había perdido lamentablemente su tiempo y que había acudido a la cita de un loco o un bromista.

Lo mejor que podía hacer era irse y romper las cuartillas nada

más subir a su coche.

Pero, por otra parte, le divertía tremendamente el ver que Vera, que aspiraba a captar algo sensacional, hubiese perdido el tiempo como él.

Miró a la muchacha.

Esta, que estaba acabando de anotar lo que el profesor acababa de decir, estaba completamente seria y hasta podía decirse francamente emocionada.

«Se ha vuelto loca» —pensó el joven—. «Si se presenta en la redacción del «Woman's Magazine» con esa historia, mañana estará buscando trabajo de vendedora en cualquier almacén.»

—¿Ha acabado de tomar nota, señor Lantoor?— inquirió en aquel momento el profesor.

—Sí.

—¿No se le ocurre alguna pregunta más?

—No, francamente no— agregó Thomas, guardando el bloc y la estilográfica—. ¿Nos vamos, querida?

—No. Espera un momento, por favor. Creo que has olvidado de preguntar lo más importante.

Y volviendo a Coleman preguntó:

—Una cosa, profesor: ¿Qué medios tomaría usted si los gobiernos del mundo se negasen a escuchar su ultimátum?

Coleman sonrió:

—Es usted muy inteligente, señora mía. Siempre he pensado en la agudeza femenina como un valor que, indudablemente, muchos varones no conocen.

Que la «indirecta» le estaba dirigida, era una cosa que Thomas no podía dudar. Lanzó una mirada terrible a Vera, pero no despegó los labios.

—Si los gobiernos a los que advierto— siguió diciendo el profesor—, cometiesen la locura de no escucharme, los derrocaría en veinticuatro horas.

—Perdone usted, profesor Coleman, pero no comprendo cómo podría lograr imponer sus proyectos. Creo que olvida a la policía, a las fuerzas armadas...

—No olvido nada, señora Lantoor, ni mucho menos. Poseo el poder superior a cuantas cosas puedan oponerme los que sean lo bastante locos para intentarlo.

—¿Puede dar alguna precisión sobre ese formidable poder, profesor? ¿Se trata de algún nuevo explosivo nuclear, de un gas nuevo o de un arma bacteriológica potente?

Thomas estaba admirado de la seriedad con que Vera estaba tomando el pelo al profesor. Lo más estupendo del caso era que el sabio tomaba las palabras de la muchacha en serio.

—Es usted muy hábil, señora, muy hábil. Desdichadamente, no puedo darle precisiones sobre mi poder, ya que nadie la creería y haría usted el ridículo al repetir lo que yo le dijese; de todas maneras y en honor a esa apetencia informativa que demuestra, puedo anticiparle que he descubierto algo sobre el Tiempo, su carácter pluridimensional; en otras palabras: poseo lo que le autorizo a llamar «La Palanca del Tiempo».

Vera cerró solemnemente el bloc en el que había taquigrafiado las declaraciones del profesor.

—Comprendo— dijo con una voz dulce que exasperó a Thomas — que no le es posible agregar más a las sensacionales palabras que acaba de pronunciar, profesor Coleman. De todas maneras, puede usted tener la completa seguridad de que la Prensa conocerá tan interesantes declaraciones inmediatamente...

Thomas se había quedado con la boca abierta.

—Muchas gracias, señora— repuso el profesor, con no menos solemnidad, a la vez que se incorporaba de su asiento—. Creo que, por el momento, podemos dar por terminada esta agradable entrevista. Sólo deseo que se diga, exactamente, lo que he manifestado.

—Pierda cuidado, profesor.

Éste se volvió hacia el joven:

—Igualmente agradecido a usted, míster Lantoor.

Togeter, el ayudante, les acompañó hasta la puerta del jardín.

Una vez fuera, Thomas, sin poderlo resistir un momento más, asió a la muchacha por el brazo:

—¡Eres mucho más estúpida de lo que imaginaba, Vera!

—¿Por qué?

—Porque no has obrado lealmente. Un buen periodista, cuando tiene la desgracia, como nos ha ocurrido a nosotros esta tarde, de tropezar con un demente de tal categoría, no debe prometer nada...

—¿Y qué es lo que prometido yo, si se puede saber?

—¿Que qué has prometido? Has dicho a ese chiflado que la Prensa conocería en seguida sus manifestaciones.

—Eso no es ninguna promesa...

—Tú dirás cómo se llama entonces eso.

—Una certeza.

—¿Cómo? ¿Es que has perdido la razón? La poca razón que tenías antes de esa entrevista. ¿Es que vas a atreverte a presentar esas notas a tu redactor jefe?

—¿Y por qué no?

Thomas se llevó las manos a la cabeza:

—¡Pero, Santo Dios! ¿Es que no te has dado cuenta de que ese profesor está esperando, de un momento a otro, que vengan a buscarle los loqueros?

—Eso no deja de ser una opinión muy personal.

Thomas la vio tan sinceramente decidida que se echó a temblar.

—¡No hagas eso, Vera, por favor! Te cubrirás de tal ridículo que nadie... ¿me entiendes...? absolutamente nadie de la Prensa te querrá ni para vender periódicos...

Ella bajó la cabeza, como si reflexionase de repente:

—Ya sé que me juego la carrera a cara o cruz, Thomas, y te agradezco sinceramente tus buenos consejos; pero, como decía el profesor, voy a dejarme arrastrar esta vez por esa intuición femenina de la que tan poco sabéis los hombres...

Luego, ya envalentonada y decidida de nuevo:

—¡Me acabas de proporcionar el mejor reportaje de mi vida, y eso merece un premio, cariño!

—¡Déjame en paz!

—No, no te dejaré subir al coche y, además, hablará de la entrevista mencionándote en ella...

—¡No, eso no, Vera!

—De acuerdo, pero si quieres que no diga nada, bésame. Te acabo de decir que te lo mereces.

Él la tomó por la cintura y permanecieron largo tiempo unidos; luego, cuando se separaron:

—¡Adiós, Thomas, y muchas gracias!

—¡Adiós, Vera, y que Dios se apiade de ti!

El coche que conducía a la joven desapareció pronto en la curva cercana. Thomas se encogió de hombros y suspiró profundamente:

—¡Lástima de chica!— dijo en voz alta—. ¡Si no estuviese tan loca, se podría pensar seriamente en ella!

Capítulo II



l redactor jefe del «Woman's Magazine» enrojeció violentamente y de una manera tan brusca e inesperada que Vera, que estaba sentada al otro lado de la descomunal mesa de despacho, hizo un involuntario gesto como si temiese que su jefe fuese a sufrir un ataque cardíaco.

Harry Simpleer era, en la mayor parte de las circunstancias, más o menos extrañas que podían presentársele en su vida de director de un periódico dedicado principalmente a la mujer, un hombre bastante tranquilo.

En realidad, fuera de los tres o cuatro ataques histéricos que tenía que soportar por día y la veintena de llamadas telefónicas que recibía de mujeres pasadas de moda que le preguntaban el porqué de su soltería, Harry podía considerarse uno de esos mortales dichosos que tienen el mínimo de problemas; estrictamente los necesarios, como decía él.

El color, intensamente escarlata, fue desapareciendo lentamente de sus mofletudas mejillas; luego, con el indudable objeto de calmar sus nervios, encendió uno de los habanos de la caja, siempre bien provista de ellos, que no faltaba sobre su mesa.

—Bueno, bueno..—. murmuró mientras encendía el cigarro.

Sobre la mesa y al alcance de su mano estaban las cuartillas que Vera acababa de mecanografiar y que encerraban la esencia de la reunión que había tenido con el profesor Coleman, y que había titulado:

«La CIENCIA DESAFÍA A TODOS LOS GOBIERNOS DEL ORBE»

Harry volvió a posar la mirada sobre el título y otra vez, con menor intensidad que la primera, eso es verdad, sintió aquel desagradable escalofrío que tanto le molestaba.

—Bueno, bueno, Vera— volvió a rezongar.

Luego, mirando fijamente a la muchacha:

—¿Dónde vio usted esta película anoche, señorita Porter? Le aseguro que tengo muchos testigos que pueden averiguar que no estuvo usted en la Asamblea de las Naciones Unidas, tal y como le ordené.

—¿Y quién le dice a usted, señor director, que estuviese en la ONU? Pero tampoco estuve en el cine.

—Puede que sea verdad. ¿Dónde bebió la cantidad de whisky necesaria para haber escrito eso?

Vera se mordió los labios, empezando a contar hasta ciento para no decir lo que estaba pensando.

—Dejémonos de bromas, míster Simpleer, por favor. Esas cuartillas reflejan la verdad, y si tiene usted la menor duda de su autenticidad, puede llamar al domicilio del profesor Coleman y preguntárselo…

—¿Quiere usted que ese buen hombre me mande a paseo? ¿Por qué no se lo pregunta usted misma?— agregó señalando el teléfono.

Vera se levantó iracunda y arrancando el aparato de las manos del director, habló con voz que la cólera alteraba en extremo:

—¿Quiere ponerme con la residencia del profesor Coleman, señorita? ¿Cómo? Sí, Coleman: C… O… L… E… M… A… N; sí, espero, muchas gracias.

Miró aviesamente a su jefe, que seguía fumando y, al parecer, absorto en seguir la marcha de las volutas hacia el techo.

La voz de la telefonista la hizo salir del ensimismamiento que se iba apoderando de ella.

—¿Oiga?

—Diga, señorita.

—Ese número no contesta; creo que está averiado. ¿Puedo hacer algo más por usted?

—No… muchas gracias.

Colgó. Luego, retrocediendo, se dejó caer en el sillón.

—¡Cuánto lo siento!— repuso el director con un tono de mofa que no se preocupaba en disimular—. Esta noche hay sesión extraordinaria en el Consejo de Seguridad, Vera. Creo que lo mejor que podías hacer era ir a echarte un poco y hacer algo de bueno en la ONU.

—No iré a ninguna parte.

Harry suspiró profundamente y con un tono familiar, como el que emplearía un buen padre de familia para dar un consejo, dijo:

—Escucha, muchacha. Yo no dudo de que ese profesor te haya dicho las barbaridades que has escrito aquí; pero, piénsalo bien, por favor, Vera: ¿Cómo quieres que publiquemos las manifestaciones de todos los Napoleones que, por bondad pública, no están aún metidos en los manicomios? Si ese pobre Coleman ha perdido la chaveta, podemos, si así lo deseas, dedicarle media columna en octava página, en «hechos diversos». Puedes rebuscar algunos datos de su vida científica y hasta exponer, si quieres, sus locuras de megalómano...

—No, muchas gracias. Cuando se hace un trabajo pensando en la primera página, con editoriales a dos columnas, la octava parece algo peor que un anticipo... ¡Déme mis cuartillas, míster Simpleer!

Éste le alargó las hojas.

—¿Qué vas a hacer con esto, muchacha?

—Llevarlas a algún director de periódico que tenga ya completos los «hechos diversos». Diga a Merry que me dé mi cuenta, Harry.

—¿Cómo? ¿Nos dejas? ¡No creo que te haya ofendido, Vera!

—No, no me voy por eso; si lo hago es porque un buen amigo mío me dijo que estaría mucho mejor de vendedora en cualquier «Uniprix». Seguramente que cuando vaya usted a comprar alguna corbata, sea yo la que se la sirva...

—¿Vas a dejar el periodismo, Vera? ¡Francamente, no creía que eras de esa clase de personas que se dan por vencidas ante el primer pequeño fracaso!

La joven no resistió más: poniéndose en pie, giró rápidamente sobre sus altos talones y salió del despacho, no sin dar un portazo que debió oírse en la sala de máquinas.

—¡Vaya geniecito!— exclamó Harry sin dejar de sonreír.

Vera no rompió a llorar hasta que salió del ascensor que la dejó en la planta baja del edificio. El «liftier», con la enguantada mano en la fila de botones del aparato, hizo que el ascensor descendiese a menor velocidad de la corriente.

En otra ocasión. Vera le hubiese echado una bronca de todos los demonios, pero ahora se hallaba demasiado abatida para darse cuenta de que aquel hombre, como la mayoría de los que

encontraba a su paso durante el día, eran unos solemnes frescos, por no decir otra cosa.

Una vez fuera del edificio del periódico, la muchacha dudó unos instantes, decidiéndose finalmente por escoger el camino que atravesaba el parque, sin ganas de tomar un taxi, que le hubiese dejado en su casa en menos de diez minutos.

Iría hasta la calle 22 y allí tomaría el autobús.

Necesitaba estar sola.

Lo que más la encolerizaba era que la intuición de que el reportaje era de un interés sensacional la seguía dominando. Intentó, vanamente, autodemostrarse que estaba equivocada y que un hombre de la experiencia del director de su periódico, que poseía un «olfato» especial para las noticias, no podía equivocarse así como así.

«Además —pensó—, Thomas vale mucho y si la cosa hubiera merecido la pena, no me hubiese dado consejos para que no lo publicase.»

«¡Soy una estúpida!» —se dijo momentos después.

Estaba completamente arrepentida del tono que había utilizado para finalizar su entrevista con Simpleer y le pesaba extraordinariamente haberse dejado llevar por su genio vivo, despidiéndose de una empresa en la que estaba verdaderamente encantada.

«¡Soy la mujer más tonta del mundo!»

Avanzaba a paso rápido por el paseo principal del parque, sin fijarse en nada, andando mecánicamente.

De repente se echó a reír.

Acababa de verse, con los ojos de la imaginación, vestida de uniforme de dependienta de un gran almacén neoyorquino, en la sección de corbatas y despachando, al mismo tiempo, a su jefe y a Thomas.

Su mirada se detuvo un poquito más de lo conveniente sobre el rostro atractivo y simpático del joven periodista. Ahora que nadie podía verla ni escucharla, no dejaba de encontrar agradable a aquel grandullón, cuya fama había pasado ya los límites de los Estados Unidos para extenderse por el mundo.

«Me gusta» —fue la conclusión femenina y lógica a que llegó.

De repente, aquella agradable imagen que seguía revoloteando

en su imaginación —la de Simpleer había desaparecido como por ensalmo— se tomó burlona; una sonrisa entreabrió los labios de Thomas y su voz, la voz que ella esperaba oír melosa, dulce, acariciadora y muchas cosas más, sonó en su mente como algo sardónico y hasta insoportable:

«¡Has caído en la trampa, preciosa! Me creíste a pie juntillas y mientras tú has perdido el tiempo y el humor, y hasta el empleo, con tu jefe, el «Tribune Herald» publica, a doble columna, la entrevista que «hemos» tenido con el profesor Coleman. Me creías tonto, ¿eh?»

—¡Canalla! ¡Granuja! —gritó en voz alta, inconscientemente.

Un hombre que pasaba a su lado por el parque, se detuvo, mirándola con asombro, pero ella no se dio cuenta de que estaba llamando ridículamente la atención.

Apretó el paso hasta casi correr.

Ansiaba por salir del parque y comprar un ejemplar del «Tribune Herald» donde, estaba más que segura, vería que Thomas se había reído de ella de la forma más cruel que nadie se había atrevido a hacerlo jamás:

—¡Lo mataré!— exclamó plenamente convencida de que lo haría.

Al llegar a la avenida y traspasar la puerta de hierro del parque, tuvo que detenerse, ya que se dio cuenta de que había corrido como una desesperada y de que la fatiga la impedía casi respirar.

De todas formas, miró ansiosamente a uno y otro lado de la calle, no tardando en divisar, en una esquina más abajo, un muchacho que gritaba vendiendo periódicos.

Desde el lugar en que se hallaba no podía oír lo que el chico decía, pero casi estuvo a punto de apostar consigo misma que había oído la palabra «Coleman».

Solamente cuando tuvo el ejemplar del «Tribune Herald» en la mano se movió a paso normal.

¡No se había equivocado!

La palabra «Coleman», en tremendos titulares, estaba allí, en la primera página, demostrando el engaño miserable de que Thomas la había hecho objeto.

Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas:

—¿Por qué habrá hecho esto?— se preguntó en voz alta.

Se detuvo bajo el cono luminoso de una farola para leer la información. Solamente entonces, cuando por vez primera dejó que su mirada recorriese con tranquilidad las frases, sonrió, experimentando una sensación de gozo que se le escapó de los labios:

—¡Thomas, eres un encanto de hombre!

Luego volvió a empezar a leer.

«¡LA CASA Y EL LABORATORIO DEL PROFESOR PETER COLEMAN SALTAN EN PEDAZOS!

14. —Urgente:

Hace unas horas, aproximadamente a las once de esta noche, una fuerte explosión fue oída por los habitantes de la zona Oeste. Los bomberos, requeridos casi inmediatamente por un aviso telefónico, cuyo autor se desconoce aún, se presentaron en dicha zona, localizando un siniestro en la mansión del conocido profesor Peter Coleman. El edificio estaba completamente destruido y, tras haber logrado dominar el fuego que la explosión había desencadenado, los bomberos penetraron entre las humeantes ruinas, intentando vanamente descubrir algún vestigio de vida. Después de largos y penosos trabajos, consiguieron encontrar el cadáver del joven ayudante del profesor, míster Phyl Togeter, apenas identificable, y otro cadáver, cuyas medidas antropológicas parecen demostrar, incuestionablemente, que se trata de los restos mortales del profesor Coleman.

No se han podido precisar todavía las causas de la explosión que, de todas las maneras, fue de una violencia extraordinaria, ya que destruyó tremendamente el edificio que, construido a finales del siglo pasado, ofrecía una solidez no despreciable. Las autoridades han comenzado una investigación técnica para aclarar, en lo posible, las causas del desdichado accidente. Fuera de los dos cadáveres hallados, no se ha encontrado nada que pueda demostrar la presencia de algún otro ser humano en la mansión siniestrada.

Como recordarán nuestros lectores, el profesor Coleman, dedicado a la investigación de Alta Física, ocupó nuestra atención hace dos años cuando abandonó bruscamente la Asamblea de las Naciones Unidas, en la que sus declaraciones, en vista de una llamada nueva Era, obligaron al secretario de turno a rogar a

Coleman que abandonara el edificio.

El profesor amenazó a todos los países presentes y se promovió el consabido escándalo, que nuestros lectores pudieron seguir en las páginas del «Tribune Herald», magistralmente informados por nuestro redactor internacional Thomas Lantoor.»

Eso era todo.

Vera terminó de leer, por segunda vez, algunos de los párrafos. Una rara emoción se había apoderado de ella.

Pero, por encima de todo aquello, su simple corazón femenino experimentaba la agradable sensación de no haber sido engañada, como temía, por un hombre que, insensiblemente, habría atravesado en su mente esa zona de «seguridad» que demuestra en la mujer un propósito oculto, que ni ella misma puede explicar.

«¡Me estoy enamorando como una colegiala!», se dijo.

* * *

Se estiró con glotonería, percatándose, súbitamente, de lo delicioso que suele ser, digan lo que digan ciertos tratados de higienistas furibundos, quedarse en la cama hasta las diez de la mañana.

Por primera vez, pensó en la ducha con cierto reparo, pero movida por la fuerza de la costumbre, saltó ágilmente del lecho, se echó la bata encima y no pensó en nada hasta que la fina lluvia de la ducha resbaló por sus desnudas espaldas, provocando aquella sensación de delicioso escalofrío que tanto le agradaba.

Momentos más tarde, sentada ante la humeante taza de café y con un cigarrillo en los labios, se encontraba completamente nueva y dispuesta a deshacer todos los «entuertos» que su mal humor había desencadenado la noche anterior.

Fue entonces cuando el teléfono se puso a repiquetear.

—¿Diga?

—¿Eres tú, Vera?

La voz de Harry Simpleer era inconfundible:

—¡Buenos días, señor director!

—¡Escucha, Vera! Ya sabes que no me gusta pedir disculpas; es una cosa que suele, la mayor parte de las veces, cortarme la digestión, y eso, lo sabes también mejor que yo, me causa una

tristeza tremenda...

—Está bien, está bien... ¡No pida excusas, míster Simpleer; no las necesito!

—¡Eso está bien y demuestra lo buena que eres, Vera! Oye, ¿no habrás entregado esas cuartillas a ningún director que tuviese llena la página de «sucesos varios», eh?

—No, señor. Aunque no sé si anoche, en un acceso de cólera perfectamente justificada, quemé esos papeles.

La voz de Harry se hizo suplicante al otro lado del hilo:

—¡No empieces a martirizarme por la mañana, Vera! Ser director de un periódico destinado a las mujeres es ya como ser candidato para un manicomio municipal. ¡Por piedad, amiga mía! ¡Tráete esas cuartillas cuanto antes y les daremos un buen sitio en la primera página de esta noche! Después de la muerte del profesor, ya puede hablarse de sus amenazas sin provocar ataques histéricos en nuestras queridas lectoras.

—De acuerdo, jefe. Dentro de una hora estaré ahí.

—¡Eres un trocito de cielo con cabellos rubios, encanto!

Vera colgó el aparato y terminando de tomar su café, se levantó para empezar a vestirse despacio.

A pesar de que todo se había arreglado, experimentaba una especie de cansancio que tenía algo de fastidio, como si la marcha de los acontecimientos no llegase a satisfacerla por completo.

Su espíritu de periodista estaba indudablemente herido, ya que la noche anterior creía haber realizado «el reportaje de su vida»; un reportaje que le proporcionase la fama que tanto ansiaba.

Colocó las cuartillas en el bolso que «iba» con el color de sus zapatos y de sus guantes y salió de su piso, cerrando cuidadosamente la puerta. Una vez en el pasillo, caminó cansinamente hacia el ascensor que la dejó en el amplio «hall», no lejos de las puertas giratorias, que pasó velozmente.

«Voy a tomar un taxi», se dijo.

Fue entonces, al acercarse a la acera, cuando alguien le tocó en el hombro.

La muchacha se volvió sorprendida.

Casi inmediatamente tuvo que llevarse la enguantada mano a la boca para no lanzar un grito que llamase la atención a todos los que pasaban por la calle.

¡A su lado y sonriéndole amablemente, se hallaba el profesor Coleman!

Capítulo III

on la cámara fotográfica en bandolera, Thomas abandonó las ruinas de la casa.

En el jardín y cerca del cordón de policías que vigilaban, formando un muro azul ante los curiosos que se amontonaban al otro lado de la verja, se limpió la capa de cenizas que cubría el esmalte de sus zapatos, sacudiéndolos con un pañuelo que sacó del bolsillo posterior del pantalón.

El sargento Fletcher se acercó a él.

—¿Qué, muchas fotos, Thomas?

—¡Hola, amigo!— saludó el periodista—. No, no he tirado muchas placas porque no hay más que escombros...

—Sí que es verdad. ¿Qué demonios debían tener esos sabios para que la barraca se hiciese migas?

—Algún explosivo nada común. Si hubiese utilizado nitroglicerina, hubieran necesitado una cantidad prohibitiva. ¡Cualquiera sabe!

—Por desgracia no podemos preguntárselo al viejo profesor. ¡Nunca vi un «fiambre» en peor estado.

El cadáver de su ayudante se podía ver, aunque tampoco era nada agradable..., ¡pero el de él!

—¿Lo viste tú?

—Sí. Estaba aquí cuando los muchachos del Depósito vinieron a buscarlos.

Thomas encendió un cigarrillo, sin ofrecer al otro, ya que el sargento no podía fumar estando de servicio.

—¿Sabes quién se encarga de esto, Fletcher?

—He oído algo sobre Templer.

—¿Joe? Entonces es que Washington se interesa, más de lo que

parece, por este asunto. ¡No lo entiendo!

—Ni yo tampoco. ¡Pero cualquiera entiende a los del FBI!

Thomas se quedó absorto.

—¡Joe encargado de esto! Verdaderamente me sorprendes, Fletcher. Todo el mundo sabe que cuando se molesta a Templer es que el asunto posee una importancia fundamental para el Estado.

—Tú conoces mucho a Joe, ¿no, Lantoor?

—Sí, somos viejos amigos. Estudiamos juntos, aunque después nuestras vocaciones nos llevaron a distintos campos. Joe era ya, desde pequeño, un tío estupendo... Valiente como él solo y siempre aparentemente distraído. No he podido olvidar que los profesores, al principio, la tomaban con él, creyendo que se pasaba el tiempo pensando en las musarañas; pero luego, cuando le preguntaban, tomándole por un despistado y él les demostraba que sabía más que nadie, empezaron a mirarle con otros ojos y a respetarle como merecía...

—Ha llegado muy lejos. También recuerdo yo cuando entró en el FBI. La primera vez que le vi, en aquel asunto de los mejicanos, le tomé, como tú dices, por un despistado y me dije que se pasaría toda su vida de simple inspector... Luego, cuando supo él solito descubrir todo el enredo y liquidar, también solo, a aquel grupo de espías, cambié de opinión. Hoy por hoy, es el mejor inspector del FBI.

Thomas le interrumpió:

—Mira, Fletcher: hablando del rey de Roma...

En efecto: un coche acababa de detenerse junto a la verja y un joven alto, extraordinariamente delgado y con los párpados semicerrados, descendió del vehículo saludando distraídamente a los guardias que se habían llevado apresuradamente la mano al borde de la visera.

—Sí, es él en persona. ¡Fíjate, Thomas, y verás que parece que está dormido!

El periodista se apresuró a salir al encuentro de su amigo. Éste, al verle, sonrió amistosamente estrechando con fuerza la mano que le tendía Thomas.

—¡Caramba, si tenemos aquí al «emborronacuartillas» número uno del Estado! ¿Cómo te va, chico?

—Ya lo ves, policía. No sabes lo que me alegra verte.

Justamente, al enterarme de que te habías hechos cargo de este asunto…

—Te extrañaste, ¿eh?

—Sí, francamente. No creía que eso fuese tan importante.

—¿Y crees que lo es? Siempre fuiste un tipo con una imaginación desbordante, Thomas, y ésta no es la primera vez que te aconsejo que te dediques a escribir novelas… ¡Tendrías un éxito estupendo!

—No hablo en broma, Joe. ¿Podías concederme unos minutos?

—¿Profesionalmente? No estoy autorizado a hacer declaraciones a la Prensa, Thomas; créeme que lo siento…

—No deseo hacerte ninguna entrevista, Templer— afirmó seriamente el periodista—, sino darte una información que ahora, a la luz de los acontecimientos, me parece muy importante.

Joe clavó la mirada de sus azules ojos en los de su amigo.

—Está bien. Vamos hacia la casa y me dirás lo que quieras.

Recorrieron en silencio el montón, informe de escombros, que Templer parecía mirar distraídamente; luego, de repente, exclamó:

—Puedes empezar, Thomas.

—Escucha, Joe. Anoche estuve aquí.

—¿Anoche? ¿Cuándo?

—Tres horas antes de que todo esto volase.

Templer le miró con interés.

—¿Puedes explicarme los motivos de esa visita?

—Eso es lo que quería decirte. El profesor Coleman me mandó llamar para hacerme unas declaraciones.

—¿Te anunció que estaba dispuesto a dejar este mísero mundo donde nadie le hacía caso?

—No. Me dio el texto de un aviso, dirigido a todos los países del mundo: una especie de ultimátum… Aquí lo tienes escrito a máquina.

Le alargó unas hojas a su amigo.

Joe leyó atentamente el contenido de las cuartillas que acababa de entregarle Thomas.

—¿Puedo guardármelas? —dijo al terminar.

—Sí, pero quiero decirte otra cosa.

—Desembucha.

—Que Vera Porter, esa chica del «Woman's Magazine», vino

conmigo.

—¿La invitó también el profesor?

—No. La muy pilla me siguió, obligándome a transigir.

—Comprendo...

Permaneció unos instantes con los ojos semicerrados.

—Ahora me toca a mí darte una doble noticia, Thomas.

—¿De qué se trata?— inquirió el repórter ansiosamente.

—Espera, amigo mío. He dicho, es verdad, «noticia»; pero te aseguro que no consentiré que publiques nada hasta que no pueda darte el permiso para ello.

—¡De acuerdo, Joe! Además me parece que te he dicho antes que estábamos hablando como amigos.

—Así me gusta. He aquí la primera noticia: tu amiga, Vera Porte, ha desaparecido misteriosamente...

—¡No!

—Sí. Su jefe la esperaba y, viendo que tardaba, ha enviado en su busca, enterándose en seguida de que Vera ha salido de su casa, bajado en el ascensor y... nada más.

Thomas no pudo retener una exclamación colérica:

—¡Mataré, sin piedad, al que se haya atrevido a...!

—No te sulfures, amigo mío; no hace falta que jures que estás loco por esa muchacha. Y, haciendo un inciso, confieso que no eres ningún idiota y que por una mujer así se puede uno romper la cabeza sin arrepentirse.

—¿Cuál es la otra noticia, Joe?

—No te asustes, por favor, que no se trata de nada horrible, sino de una sorpresa que tendrás dentro de poco cuando vengas conmigo a la sala de autopsias.

Salieron de lo poco que quedaba de la casa del profesor y Joe invitó a su amigo a que fuese en su propio coche oficial.

Momentos más tarde, el vehículo se detenía ante el Hospital Civil de la ciudad.

El profesor Hermer les salió al encuentro.

—¿Recibió mi aviso, señor Templer?

—Sí, me lo dieron por teléfono desde la Central. Ya estaba camino de la casa de Coleman cuando lo recibí por el teléfono del coche.

—¡Es fantástico!— exclamó el doctor.

—¿No le parece que lo mejor es que vayamos a verlo?

—Sí, hagan el favor de seguirme.

Atravesaron un largo pasillo en cuyo final se abría una puerta de dos hojas.

El médico pasó primero.

—Aquí lo tienen— dijo señalando una de las mesas de mármol.

Thomas sintió un escalofrío.

El cadáver, abierto en canal, ofrecía un aspecto francamente repugnante. Del fondo de las entrañas, un vaho caliente y nauseabundo flotaba aún en el aire.

—¿De qué se trata?— inquirió el periodista sin darse cuenta.

—Es el cuerpo de un chimpancé— repuso el profesor—. Al principio, no nos dimos cuenta Lantoor consideró aquel minúsculo cuerpo con una sincera sorpresa.

—¿Cómo? ¿Es posible que no se dieran cuenta de que el cuerpo de ese ser tan pequeño no podía ser el de una persona?

El médico le miró de arriba abajo, mientras Joe sonreía.

—Perdone, señor— dijo el doctor—, pero veo que ignora que cuando arden todos los cuerpos orgánicos, hombres o animales, se reducen de tamaño... a veces hasta más de la mitad.

Thomas se dio cuenta de que había ido demasiado lejos.

—Perdóneme, profesor.

—No tiene importancia— se volvió hacia el agente del FBI—. El otro cadáver no solamente era de una persona, sino que nos ha sido fácil identificarle: se trata, sin ningún género de dudas, del cuerpo de Phyl Togeter, el ayudante del profesor.

—Entonces..—. irrumpió Thomas con voz emocionada— eso quiere decir que el profesor no ha muerto.

—¡No corras tanto, amigo mío!— dijo Joe—. El que hayamos encontrado el cadáver de un chimpancé no quiere decir que Coleman se haya salvado; es muy posible que cuando rebusquemos con cuidado, encontremos sus restos. También entra en el campo de las posibilidades que la explosión le haya desintegrado...

Se despidieron del doctor y una vez fuera:

—Recuerda que te he rogado que no publiques nada de lo que sabes hasta que sea posible hacerlo.

—No temas, Joe. Lo que me preocupa es lo de Vera...

—A mí también.

—¿Quieres que vayamos a recoger tu coche?

—No, prefiero ir a la redacción en seguida. Ya enviaré a alguien para que lo recoja…

Miró fijamente al del FBI.

—No puedo engañarte, Templer; estoy loco por esa muchacha. Si sabes algo de ella, no dudes en avisarme, a cualquier hora del día o de la noche… ¡Cuento contigo!

—No te preocupes, Thomas.

* * *

Para Vera todo lo que la estaba ocurriendo era como un sueño.

Disimuladamente, sin que el profesor se diese cuenta, se pellizcó en la mano izquierda, para convencerse de que estaba despierta. Luego, convencida de que no soñaba, suspiró profundamente.

—¿Tiene usted miedo, señora Lantoor?

La voz de Coleman la sobresaltó.

El sabio, sin dejar de conducir el potente «Cadillac», en el que había rogado que subiese la muchacha, después de haberla interpelado en la calle, volvió la cabeza hacia ella.

—No tema nada, por favor. Ya sabe que lo único que deseo es que logre la fama que merece.

Y después de un silencio continuó:

—Su esposo es distinto a usted y estoy seguro, aunque no quiera decírmelo, cosa que comprendo perfectamente, que en cuanto salieron de mi casa me trató, al menos, de demente.

Vera se mordió los labios, desasosegándose al comprobar que el sabio había adivinado la verdad. Estuvo a punto de decirle que Thomas no era más que un buen amigo…, por desgracia; pero se contuvo a tiempo.

—Ha acertado usted, profesor. No es que mi esposo le tratase de desequilibrado, ni mucho menos; pero le tomó por un original…

—Comprendo. Yo quizás hubiese obrado como él en las mismas condiciones. ¿Qué le dijo su director?

—¿El de mi esposo?

—Claro. ¿Es que usted trabaja también para los periódicos?

—Sí, soy redactora informativa del «Woman’s Magazine».

—¿Enseñó usted a su director mis declaraciones?

—Sí, profesor; pero no quiso ni escucharme.

—Tampoco me extraña. Por eso, al no ver mis palabras reflejadas en la Prensa de esta mañana, me decidí a venir a buscarla. Encontré su dirección en el Anuario telefónico, pero, al principio, no me di cuenta de que poseía usted un cuarto con el nombre de soltera.

—Sí— repuso Vera bastante embarazada por la serie de preguntas—, lo conservé de acuerdo con Thomas.

Hacía tiempo que habían salido de la ciudad y el profesor, después de seguir la carretera número 4, torció a la derecha, por una bifurcación, deteniéndose ante un moderno y lindo hotelito.

—Vamos— dijo.

Ella le siguió hasta encontrarse en el interior de la casa, amueblada con un gusto muy distinto al caserón que había visitado la noche anterior.

—Haga el favor de sentarse, señora. ¿Desea un whisky u otra cosa?

—Un poco de café me sentaría mejor.

—Voy a hacérselo en seguida.

Vera permaneció sola en el «living-room», observándolo todo con curiosidad de mujer. Tanto los muebles como las cortinas y los decorados estaban montados con un gusto refinado.

El profesor volvió momentos más tarde, empujando un silencioso carrito de servicio.

—No sé si lo habré hecho a su gusto, pero creo que sabrá perdonarme, estoy seguro. Un viejo solterón como yo no es nunca cómodo como anfitrión.

El café estaba realmente delicioso y los cigarrillos que él le ofreció, de una afamada marca egipcia, demostraban un gusto que ella no le hubiera adjudicado en su visita de la noche anterior.

No pudo reprimir la pregunta:

—Creí, profesor, al visitarle anoche con mi esposo, que no era usted un hombre amante de las cosas bellas...

Y lanzó una admirada mirada a su alrededor.

—Se equivoca usted, señora. Allí, en aquel horrible caserón, muy cómodo sin embargo para las experiencias que estábamos realizando, mandaba, diré mejor reinaba mi ayudante. Togeter era de origen búlgaro y no es que yo quisiera insultar a los búlgaros,

pero no suelen ser demasiado… ¿cómo diremos?… detallistas; eso es: detallistas. Comen de cualquier forma y cualquier cosa y en cuanto al mobiliario y las comodidades… ¡Estaba harto de aquel horrible caserón y por eso lo hice saltar en pedazos!

—¡Ah! ¿Fue usted?

—Sí. En realidad, cuando ustedes tuvieron la amabilidad de acudir a la cita, estaba muy lejos de destruir aquella casa que, como le he dicho anteriormente, guardaba buenos recuerdos de los trabajos hechos allí; pero después, cuando pensé en la reacción natural que provocarían mis palabras, cuando fueran publicadas, pensé que lo mejor era desaparecer sin dejar huella…

—¡Pero su ayudante pereció carbonizado entre las ruinas!

—Créame, señora Lantoor, que fue un desdichado accidente. Tanto como la muerte de Togeter, me apena la de «Sunko».

—¿«Sunko»?

—Sí. Era un chimpancé que «ellos» me habían confiado.

—¿«Ellos»?

—Así es, señora. Seguramente que se enfadarán cuando se enteren, ya que «Sunko» era el único ejemplar de cuadrumano que quedaba a los hombres del siglo cincuenta.

—¿Los hombres del SIGLO CINCUENTA? ¿Ha olvidado que estamos en mil novecientos setenta, profesor, en pleno siglo veinte?

—No, no lo he olvidado, señora Lantoor. Sé perfectamente en el día, mes y año en que estamos…

—¿Entonces?

—Perdóneme, querida amiga, pero no considero que sea aún tiempo para decirle tantas cosas. La he hecho venir para que haga la información más sensacional de todos los tiempos. Mañana, después de que publique usted el contenido de esa cinta magnetofónica que ha preparado y de que pueda proyectar la película que voy a entregarle, para que los que oigan y vean se convenzan de que no se trata de superchería, será usted la periodista más famosa del Globo. Y no crea que ésta será la última información que le proporcionaré. Me ha sido usted sumamente simpática, y yo soy un hombre que no olvida nada… absolutamente nada.

Ella, sin saber exactamente por qué, se estremeció.

Luego, cuando el profesor le hubo entregado la cinta magnetofónica y el film, tal y como le prometió, dijo al

acompañarla hasta la puerta:

—Llévese mi coche: es un regalo…

—Pero…

—Yo no lo voy a necesitar. ¡Ah!, una cosa: no hace falta que mencione este lugar para nada; aun que, si lo hiciese, por inadvertencia, no importa, porque no me encontrarán aquí.

—Haré lo que usted diga, profesor.

—Muchas gracias. Y no olvide de dar recuerdos a su amado «esposo».

Vera se dio perfectamente cuenta del tono especial que él había adoptado para decir «esposo».

Otro nuevo estremecimiento le recorrió la espalda y no se consideró completamente tranquila hasta que, ya en plena carretera, comprobó que la aguja del cuentaquilómetros estaba llegando a las noventa millas por hora.

Capítulo IV

e llaman por teléfono, señor Lantoor.

—En seguida voy.

Dejó todo, convencido de que se trataba de Joe, el que podía darle noticias de aquel encanto rubio y con faldas que le estaba sorbiendo el seso, a pesar de que él intentaba que no fuera así.

—¿Diga?

—¡Aquí tu esposa, cariño!

Thomas torció el gesto y exclamó:

—¡Oiga, princesa de las Mil y Una Noches! ¿No le han dicho que es muy temprano para tomar el pelo a la gente? ¿No tiene usted ningún calcetín que remendar al amor del fuego, niñita? ¿Ya ha fregado todos los platos?

—¡Pero si soy tu mujercita, Thomas!

—¡Vete al infier...!— y se dispuso a colgar.

—Eres el ser más desagradecido del mundo. ¡Retiro lo dicho! Ya no me llamaré Vera Lantoor, sino Vera Porter. ¡No mereces que el apellido de mis padres pase a segundo término!

—¡VERA!

Ella guardó silencio.

—¡Vera! ¿Pero es posible que seas tú?

—¿A quién esperabas? ¿A esa «platino» que tienes de secretaria en el «Tribune»?

—¿Cómo lo sabes?

—¡Eso no importa! Soy yo y deseo que vengas a casa a toda velocidad, sin decirle nada a nadie. Como me entere de que, mientras te pones el sombrero, dices que te reserven la primera página, te echaré de mi casa a patadas...

—No temas, cariño, no temas. No diré absolutamente nada a

nadie e iré en seguida a estrecharte entre mis brazos.

—¡Idiota! ¡Si se te ocurre acercarte a mí, te saco los ojos!

—¿No decías que eras mi amante esposa?

Thomas batió todos los «record» de velocidad y eso que tuvo que detenerse para pagar dos multas al saltarse las luces rojas de los pasos; cuando, finalmente, frenó ante la casa de Vera su corazón no marchaba al ritmo corriente de los latidos normales.

Instantes más tarde se apoyaba, con toda su fuerza, en el timbre de la puerta de la muchacha.

—¡Ya va! ¡Ya va!

Y al abrir, amonestó;

—¿Quieres que todo el mundo se entere de que te recibo en mi casa sin permiso de mis padres?

—¡Qué guapa estás, Vera!

—Muchas gracias, pero haz el favor de mantener las distancias convenientes si quieres permanecer bajo mi techo…

—¡Cuánto me gustaría poderte ofrecer el mío para toda la vida!

—Eso ya se lo habrás dicho a la «platino» un buen montón de veces.

—¿Pero quién te ha dicho que es «platino»? Ferguson la puso de patitas en la calle hace por lo menos cinco semanas.

—Hizo bien. ¿Qué clase de secretaria tienes ahora?

—No creo que sea para eso para lo que me has llamado, encanto. ¿Dónde estuviste? ¿Qué te ha pasado? ¿Cómo has podido escapar a las garras de tus apresores?

—¡Ya está el repórter de «sucesos criminales»! ¿Por qué no te dedicas a escribir novelas policíacas?

—Eso ya me lo han dicho. Bueno, en serio, Vera: ¿dónde demonios te has metido?

—Lo sabrás cuando me convenga. Haz el favor de coger el teléfono y decir a tu director, el muy importante señor Ferguson, que haga el favor de venir en seguida.

—¿Ferguson aquí? Pero… ¿te encuentras bien, amor mío?

—¡Déjate de idioteces y llámale en seguida! ¡Ah, y le adviertes que si llega demasiado tarde, no volverá a vender un millón de ejemplares en toda su vida!

—¡Pero si no vendemos más que ochocientos mil ejemplares!

—Es igual. Si ese ogro de tu jefe viene, venderéis, esta misma

tarde, un millón.

Thomas se quedó con los ojos muy abiertos.

—¿Te has vuelto loca, Vera?

—¡Es muy posible que lo esté! La prueba evidente es que si no lo estuviera, no te habría llamado para repartir contigo la fama de una información sensacional.

A Thomas se le hizo la boca agua.

—¿Es verdad eso, Vera? ¿De qué se trata?

—Lo sabrás a su debido tiempo. Por el momento, haz el favor de telefonear a tu patrón para decirle que Vera Porter está dispuesta a facilitar a los del «Tribune Herald» una información sobre las horas que ha pasado con el profesor Coleman y, al mismo tiempo, darles en contenido de unos mensajes trascendentales...

Lantoor abrió los ojos como platos.

—¿Que has estado con Coleman? ¿Tú? ¿Es posible?

—Sí, hombre, sí. ¿Llamas a tu jefe, sí o no?

—Ahora mismo, preciosa, ahora mismo.

* * *

Antes de que la luz hubiese vuelto y que la película se hubiera terminado. Vera oyó a Thomas hablar por teléfono en la habitación de al lado.

Luego encendió la luz.

Los dos hombres que ocupaban sendos confortables sillones y que fumaban sendos habanos de una longitud desmesurada, se volvieron al mismo tiempo.

—¡Increíble!

—¡Fantástico!

—¡Sensacional!

—¡Colosal!

Se pusieron trabajosamente en pie, acercándose a Vera que estaba recogiendo la caja de la película.

—¡Qué edición vamos a hacer, Vera!— exclamó Harry.

—¡Voy a llenar la primera plana con un letrero solo! —dijo Ferguson—. Algo así como: «¡Coleman amenaza a los Estados Unidos!»

—Me parece muy bien, colega; haré algo por el estilo.

—Un momento, señores.

Thomas, con un cigarrillo en los labios, había aparecido en el dintel de la puerta.

—¿Qué le pasa, Lantoor?— inquirió su jefe mirándole de una manera extraña.

—Que, por el momento, señoras y señores, nada de lo que han visto u oído podrá ser publicado.

Los ojos, los bonitos ojos de Vera, perdón, parecieron lanzar chispas.

—¿Quién eres tú para ordenar...?

—¿Que quién soy yo, cariño? ¡Tu esposo: el hombre de la casa...!

Tuvo que agacharse velozmente para evitar el objeto que voló directamente hacia su cabeza y que se estrelló en la pared: un jarrón.

—¡Fuera de aquí! ¡Fuera de mi casa!

—Lo siento, preciosa, pero no puedo marcharme de aquí. Si lo hiciese estos dos caballeros te convencerían para que esa «bomba» estallase en sus respectivos periódicos antes de la noche.

Iba Vera a contestar, pero se le adelantó Fergurson, seguro de humillar a aquel loco, espetando furiosamente:

—¡Queda despedido, Lantoor! ¡No hace falta ni que pase por caja! ¡Ya me ocuparé yo de enviarle lo que le deba!

Pero, ante la sorpresa general, Thomas no montó en cólera, sino que, sonriendo, dijo:

—No se precipite, jefe, y procure no repetir lo que acaba de decir que, por mi parte, he olvidado ya...

Ferguson, al que nadie había hablado así, fulminó:

—¡Nunca volverá usted a pisar en el «Tribune Herald», Thomas. ¡Nunca, aunque tuviese que cerrarlo!

Una voz, detrás de Lantoor, fría como un cuchillo y, al mismo tiempo, suave como una melodía:

—Eso es lo que va a ocurrirle como siga diciendo tonterías: cerraremos el periódico por un año.

Ferguson estaba blanco de cólera y enfrentándose con el recién llegado:

—Recurriré a mis abogados— dijo con voz entrecortada por la rabia.

Joe, que era el que acaba de llegar, le puso su documentación bajo las narices.

—¡Cuidado, amigo, no se acalore tanto! ¡Es el FBI el que ordena!

Pareció como si una ducha fría hubiese caído sobre el encolerizado director.

—Perdone..—. empezó a decir.

—Déjese de excusas— cortó Joe—; no las necesito ni sirven para nada. Thomas me avisó y vengo a ver esos documentos que la señorita Porter ha traído. Si no veo nada de peligroso, pueden ir preparando las rotativas. Veamos. ¿Quiere usted hacer el favor de proyectar de nuevo la película, señorita?

—Con mucho gusto.

Templer se dio cuenta, perfectamente, del tono mordaz de las palabras de Vera, pero no hizo el menor comentario.

Se había sentado en el sillón que Fergurson había dejado vacante y después de encender un cigarrillo se recostó cómodamente, esperando que la proyección empezase.

La luz se apagó e instantes más tarde, después del parpadeo inicial sobre la pantalla, la imagen del profesor Coleman, en primer plano, apareció nítidamente.

Durante los primeros planos, la imagen bailó, demostrando a Joe que la filmación había sido hecha por un aficionado; pero no era aquello lo que le interesaba.

Conectando la cinta magnetofónica en el momento oportuno, Vera hizo que el movimiento de los labios del profesor fuera algo más que una serie de estúpidas muecas:

—Me dirijo a todos los Gobiernos del mundo, a todos los pueblos del Globo, para instarles, por última vez, a que se sometan a la autoridad de la ciencia que, por derecho propio, debía haber asumido el poder desde hace muchísimo tiempo.

»Ya sé que muchos de vosotros, unos por ignorancia, otros por intención de engañar a los que gobiernan, me tomaréis por loco, por megalómano, por una persona que ha de ser encerrada en un frenocomio antes de que siga diciendo estupideces…

»Eso, sin duda alguna, es lo que muchos de vosotros pensaréis. Para éstos y para los que desprecien mis palabras; para los que ni siquiera las oigan y para aquéllos que se rían demasiado fuerte, creyéndose

invulnerables; para todos ellos, van dirigidas estas palabras:

»Si dentro de una semana; es decir, el día 18 de julio, a las trece horas, no están reunidos todos los Gobiernos de la Tierra en la ciudad de Ginebra, en el antiguo palacio de la Sociedad de Naciones, esperando mis instrucciones, daré la primera prueba de mi poder...

»Antes de especificar concretamente en qué consistirá esa demostración, deseo decir que si he elegido un objeto estadounidense es debido a que, además de ser mi propio país, es, por mucho, el que no ceja de vanagloriarse de su potencia defensiva y ofensiva.

»Repito: si el día 18 de julio, a las 13 horas, no se han reunido los Gobiernos de todos los países del Globo en el lugar fijado de Ginebra, mi primer ataque caerá SOBRE EL MAYOR PORTAAVIONES DEL MUNDO.

»Eso es todo, amigos.»

La pantalla parpadeó un poco, haciéndose casi inmediatamente la luz.

El silencio era absoluto.

Templer se levantó pausadamente, aplastó la colilla en uno de los ceniceros y volviéndose hacia los dos directores de periódicos, dijo:

—Creo que pueden publicar todo, excepto lo del portaaviones.

Los rostros de los dos hombres se iluminaron:

—¡Oh, muchas gracias!— exclamó Simpleer.

—No hace falta que me las dé. Pero, sobre todo, no olviden lo que les he dicho; si alguno de ustedes dos se pasa de la raya y menciona, aunque sea en hipérbole, la escuadra americana, termina su vida en Alcatraz... ¿O.K.?

—¡O.K.!

Joe se volvió hacia Thomas:

—¿Te quedas?

—Preferiría ir contigo. ¿Vienes, Vera?

—¡No!

Intervino el del FBI.

—No debe guardarle rencor, señorita Porter; la culpa ha sido completamente mía, si se puede llamar «culpa» al «deber».

—Está bien; espera un instante.

Momentos más tarde, después de confiar la película a los

directores de los dos periódicos, así como la cinta magnetofónica, que debían entregar a Joe al cabo de una hora, los jóvenes salieron del edificio montando en el amplio «Cadillac» que Coleman había regalado a la muchacha.

—No sé si debo quedármelo— dijo.

—¡Claro que puede usted, señorita Lantoor! Nadie puede decir nada, ya que este coche está matriculado a nombre del profesor.

—¡Demasiado elegante para una periodista!— rezongó Thomas.

Ella le lanzó una airada mirada.

—¡Tienes mucha razón, superhombre! Para un «emborronacuartillas» como tú, que desperdicia los mejores reportajes y que los pocos buenos que hace los realiza gracias a sus amigos, un «Cadillac», desde luego, es demasiado para él: hasta una bicicleta me parecería un lujo excesivo para tipos como tú…

—¡Escuchen! ¡Escuchen!— intervino Joe conciliador—. Si tanto se odian, ¿por qué no se casan hoy mismo?

Thomas lanzó una carcajada:

—¿Casarme yo con esta especie de bomba de cobalto, disfrazada de chica guapa?

Vera estaba hecha una furia.

—¡No me hable de matrimonio con este inútil, señor Templer! Antes acabaría vendiendo corbatas en cualquier «Uniprix».

—Bueno, creo que debieron dejar de pelearse, al menos por el momento. Yo voy a dejarles en seguida. Tengo que ir a Washington en cuanto esos dos directores me entreguen la cinta y la película.

—Oye, Joe; deseaba decirte algo.

—Desembucha.

—Está bien que nadie se entere de lo del barco, pero no creo que te sería imposible convidarme a la fiesta…

—¿Qué quieres decir?

Thomas expuso, sonriente:

—Que bien podrías dejar que, desde cualquier barco auxiliar, asista a esa exhibición de fuerza que quiere hacer el profesor.

—¿Y yo? —inquirió con furia la muchacha—. ¿Se dan cuenta ustedes del cinismo de este hombre? Le proporciono la ocasión de participar del reportaje que hice con Coleman y él, ahora, «si te he visto no me acuerdo».

—Perdona, Vera, pero si he empleado el singular, ha sido sin

darme cuenta...

—¡No sé lo que te ocurre a ti con eso del singular y el plural! ¡Cada vez que quieres utilizarlos, te equivocas! ¡Menudo caradura estás hecho!

—¡Cálmense, por favor! Consultaré con mis superiores lo que acaban de proponerme y si me lo autorizan, vendrán a ver el fracaso de ese loco de Coleman...

—¡Luego dirás que no te ayudo!— protestó Thomas.

—¡Presumido! ¡Dirás que «nos» ayudamos! En cuanto pasemos ante una librería, te voy a regalar una gramática...

—No me hace tanta falta como te imaginas, preciosa. ¿Quieres que te conjugue el verbo amar en la primera persona y con un adjetivo en «ente»: Yo te amo eternamente; yo te amo estupendamente; yo te amo ardientemente...?

Vera frenó de pronto y señalando la calle, gritó:

—¡Baje usted del coche... INMEDIATAMENTE!

Capítulo V

ucha suerte hemos tenido —confesó Fergurson, mientras envolvía la cinta magnetofónica en una hoja del periódico que había cogido de una mesita.

—Ha sido usted demasiado imprudente; aunque— añadió Harry sonriendo— yo cometí el mismo error que usted, al dejar que Vera presentase su dimisión anoche.

—Estos periodistas modernos me crispan los nervios.

—A mí también, pero con nuestros viejos métodos no conseguiríamos jamás llegar a las cifras de venta que conseguimos actualmente.

—Tiene usted razón, Simpleer. Vamos a llevarnos esto y haremos unas cuantas fotografías buenas para primera plana.

—¿Y qué haremos con la cinta?

—Copiaremos, usted y yo, el contenido. Haremos el trabajo en uno de nuestros despachos y no copiaremos lo del barco. No tengo ganas de tener que ver nada con el FBI.

—Ni yo tampoco. Vamos.

—Un momento, señores.

Aquella voz metálica les hizo volver la cabeza, sorprendiéndose al ver a un hombre alto, ancho de espaldas y que, a pesar de la época, llevaba una especie de gabardina de color verdoso.

Ninguno de los dos le había visto entrar.

—¿Quién es usted?— inquirió Harry.

—Puedo presentarme, en efecto —dijo el desconocido—. Me llamo Ely Petrosky. Ya sé que ustedes son los directores del «Tribune Herald» y del «Woman’s Magazine».

—¿Cómo sabe, nuestros nombres y los de nuestros periódicos?

—Una obligación profesional. Yo también soy del oficio: soy el

nuevo corresponsal del «Raboti», de Odesa.

—¿Ruso?

—De pies a cabeza, señores. Pero no he venido a perder tiempo, sino a recoger la cinta magnetofónica y el film.

—Inútil disimular, señor Ferguson. Desde que conocí la desaparición de la señorita Porter; es decir, desde esta mañana, tuve la buena idea de instalar un micrófono que conecté con unos simples auriculares en la habitación de al lado. Lo he oído todo, hasta las imprudentes palabras de ese Joe, del FBI respecto al barco elegido por el profesor para su de mostración de fuerza.

—¿Qué va usted a hacer con la cinta y el film, si se lo damos?

—Me lo darán, no lo duden. En cuanto a lo que voy a hacer con ellos, creo poder decírselo, después de todo. En cuanto lo tenga en mi poder, cogeré un avión y llevaré estos interesantes documentos a mi país.

—¿Qué ganará la URSS con ello?

—Eso sí que no puedo decírselo, porque no lo sé. ¡Ya hemos hablado bastante! ¡Denme eso!

—¡No!

El ruso no perdió tiempo. Su mano derecha salió del bolsillo de la gabardina y el largo cañón de una «Luger», alargado aún más por el tubo negro del silenciador, asomó amenazadoramente.

Ely oprimió dos veces el gatillo.

Luego, recogiendo la cinta y apoderándose de la película, que Simpleer tenía fuertemente cogida entre sus dedos, salió de la habitación, no esperando la llegada del ascensor y prefiriendo coger directamente la escalera.

* * *

Alrededor del colosal portaaviones, toda una serie de barcos de acompañamiento y vigilancia formaban una agrupación en círculos concéntricos...

Los hombres, en las torretas de las baterías antiaéreas, esperaban ser alertados por el «radar» para abrir un fuego demoníaco contra el posible enemigo que apareciese. Por otro lado, en las plataformas de los cinco portaaviones que acompañaban al coloso amenazado por el ultimátum de Coleman, los proyectiles teledirigidos también

esperaban la orden para volar en busca de cualquier aparato, por muy potente y moderno que fuese, que hubiera surgido de la mente del profesor.

En el «Peace», un destructor potente y modernísimo, Templer, en compañía de la pareja de periodistas, examinaba, con el cejo fruncido, la silueta del maravilloso buque que en medio de la formación naval estaba dispuesto a repeler cualquier agresión, partiese de donde partiese.

A pesar de la seguridad que aquel aparato bélico daba, Templer no dejaba de experimentar una inquietud creciente. Sobre todo, desde que se había enterado de la muerte de los dos directores y de la desaparición de la película y la cinta magnetofónica con las declaraciones del profesor.

Sospechaba la verdad, pero no se atrevía por el momento, a hacer cábala alguna. Todo dependía, en realidad, de la verdad que ocultasen las locas amenazas de aquel desequilibrado profesor.

Si las amenazas no eran más que elucubraciones fantásticas de una mente enferma... ¿Para qué movilizar fuerzas y agentes si los documentos robados no tenían importancia alguna?

—¿Cree usted que ocurrirá algo, señor Templer?

El agente se volvió hacia Vera, que era la que le había hecho la pregunta.

—Me gustaría mucho, señorita Porter, poder contestarle con toda exactitud, ya que ello demostraría que conocía lo que iba a ocurrir y, por lo tanto, los métodos para combatirlo. Con toda franqueza le digo que no sé absolutamente nada y que me encuentro en la misma situación que uno de esos pobres muchachos de servicio en las torretas y que, mucho más prudentes que nosotros, se limitan a esperar.

—Oye, Joe, voy a hacerte una pregunta. ¿No trabajó Coleman durante algún tiempo en la Sección de Investigación Atómica, en el Instituto de Michigan?

—Sí.

—¿Y no crees posible que haya sido capaz de fabricarse una serie de bombas «H», de tipo pequeño, con las que desea amenazar...?

—Francamente— repuso Templer—, dudo que Coleman se atreviese a desafiar a todos los gobiernos del mundo, poseyendo

solamente bombas nucleares o termonucleares. No nos rompamos más la cabeza, Thomas, o ese hombre es un demente, cosa que me alegraría en extremo, así como a muchos seres humanos, o posee alguna nueva arma, capaz de dominar todos los métodos de defensa que conocemos...

—Ya lo comprendo— repuso Lantoor—; si ese loco se atreve a atacarnos con métodos bélicos, saldrá malparado.

«¡Atención!... ¡Atención!»

Los altavoces de los barcos gritaban sonoramente y Vera, sin poderlo evitar, se estremeció, acercándose, sin darse cuenta, a Thomas, que le pasó el brazo sobre el hombro.

«¡Los barómetros registran un brusco cambio de presión que no se puede explicar, al menos por el momento!... ¡Atención!... ¡Se leen ciertos pequeños reflejos, completamente anormales, en las pantallas de radar!... ¡Todos los hombres deben estar preparados para el combate!»

La hora de la verdad se acercaba a pasos agigantados...

Ni uno solo de los «marines» que componían los equipos de todos aquellos barcos dejó de experimentar una presión angustiosa en el pecho. Si se hubiera tratado de rechazar un ataque de aviación o de cualquier otra arma conocida, hubieran esperado el momento del combate con una sonrisa en los labios.

Pero, aunque la censura militar había hecho lo imposible porque los hombres de las tripulaciones ignoraran todo, la voz se había corrido velozmente y no había un hombre, desde las torretas hasta las profundidades de las salas de máquinas, que no supiese, vagamente, que se trataba de esperar la llegada de algo que ni los más altos jefes conocían.

Si la emoción era grande en los barcos de acompañamiento, en el «Atlantic», el portaaviones amenazado, la angustia adquiría caracteres especiales y la preocupación que se leía en los rostros era prueba evidente de que los ocupantes del buque no las tenían todas consigo.

Se volvía Vera, para retirarse un tanto de Thomas, al que hubiese dicho algo de no intervenir circunstancias tan especiales, cuando se quedó con la boca abierta, tardando unos segundos en reaccionar.

—¡Allí!... ¡Allí!— gritó histéricamente.

Templer y Thomas se volvieron al mismo tiempo.

En el horizonte y a bastante altura, una nube verdosa avanzaba rápidamente hacia los barcos. El color era tan intenso que no podía caber la menor duda de que se trataba de algo artificial y salido del laboratorio de un sabio.

Mientras con su silbido característico, los proyectiles teledirigidos rasgaban el aire y los cañones antiaéreos más potentes empezaban a disparar, los altavoces gritaban con una voz descomunal:

—¡Pónganse las máscaras!… ¡Es posible que se trate de una nube de gases!

Momentos más tarde, las cubiertas de los barcos parecían pobladas por seres extraños, como salidos de uno novela de anticipación científica…

La nube seguía acercándose.

De nada servían las barreras de fuego que los cañones y las plataformas de proyectiles teledirigidos lanzaban contra ella. Las explosiones formaban a su alrededor nubes negras que, sin duda alguna, menos densas, se disolvían lentamente en el aire.

Viendo que no había nada que hacer y observando que la nube verde iba perdiendo paulatinamente altura, el Mando, deseando saber a qué atenerse, ordenó el avance de varias lanchas torpederas, con el objeto de ver lo que pasaba cuando las naves «pasaban» por aquella extraña nube…

Todo el mundo se percató de que la heroica acción de las lanchas significaría, sin duda alguna, un suicidio y que aquellos hombres que dirigían valientemente sus rápidas embarcaciones hacia la nube, sabían de antemano que se aproximaban a la más cierta de las muertes.

La nube marchaba ya a flor de agua y se dirigía inexorablemente, hacia la enorme masa del «Atlantic».

Seguían los cañones atronando el espacio y como ya el objetivo se había acercado, entraron en juego las ametralladoras rápidas y los «tracers» surcaron el aire con sus chispas multicolores.

Media milla escasa separaba las proas de las lanchas torpederas de la parte delantera de la nube.

La expectación era extraordinaria.

De repente, cuando ya parecía que las torpederas iban a

penetrar en la verdosa capa gaseosa, la nube, mostrándose elástica y obediente como un ser animado, se levantó bruscamente, dejando pasar las lanchas y prosiguiendo, a medio centenar de metros de altura, su camino hacia el gigantesco portaaviones.

Fue entonces cuando el Mando se dio cuenta de que la amenaza del sabio era una triste e inexorable realidad. Y sin acertar la clase de peligro que se cernía sobre el hermoso barco; viendo que todos los medios de defensa eran inútiles, dio orden al «Atlantic» para que huyese, por cualquier rumbo, de la masa gaseosa que ya se acercaba peligrosamente a él.

Sin dejar de disparar con su enorme cantidad de piezas, el coloso de los mares inició la más vergonzosa huida en la historia de la Marina estadounidense.

Escoltándole, el resto de la formación naval, marchando al unísono, le siguió, sin dejar de hacer fuego.

En aquellos instantes, cuando el barco se había logrado alejar de la nube, ésta, aumentando enormemente la velocidad, salvó la distancia que le separaba del portaaviones «Atlantic», envolviéndolo por completo.

Un grito de angustia brotó de todas las gargantas.

Misteriosamente, el barco se detuvo y de nada sirvieron las llamadas ni la observación a través de los gemelos, ya que la nave permanecía completamente oculta detrás de la masa verdosa que la envolvía por completo.

Locos de rabia, los hombres que mandaban las naves ordenaron el abordaje de su propio navío, dispuestos a auxiliar como fuese a los bravos «marines» que debían estar batiéndose como leones contra el impalpable enemigo que les atacaba.

Pero, cuando los barcos se acercaban velozmente al portaaviones, la nube verdosa, como si fuese un ser vivo, se elevó como una exhalación, pareciendo evaporarse en las altas capas de la atmósfera.

Los buques se detuvieron cerca del portaaviones.

La radio empezó a enviar preguntas ansiosas, ya que no se veía a nadie en la cubierta del portaaviones:

«¿Qué ha ocurrido?»

«¿Cuántas bajas ha habido?»

«¿De qué se trataba?»

Cien aparatos transmitían al mismo tiempo, pero ninguno de ellos obtuvo la menor respuesta.

El almirante, desde su buque insignia, con el entrecejo fruncido y las manos ansiosamente agarradas a la borda del puente, no se movía mientras la ausencia de respuestas le era comunicada sin cesar por su ayudante.

—¡Ordene al «Peace» que le aborde sin más contemplaciones!

El buque en el que iban los periodistas y el agente Templer se puso inmediatamente en movimiento.

Acodados en la cubierta y habiéndose quitado las máscaras, observaron cómo la distancia entre el barco y el portaaviones disminuía vertiginosamente.

A su alrededor, los «marines» se preparaban para el asalto, disponiendo sus armas como si se tratase en realidad de abordar un buque enemigo.

Templer se acercó a uno de los oficiales.

—Voy a subir con los muchachos —dijo.

—Como usted quiera, señor.

Thomas se había acercado velozmente a ellos.

—¡Yo también quiero subir, Templer! ¡Millones de seres humanos desearán saber lo que ha pasado en el «Atlantic»!

El oficial miró al periodista fijamente.

—Puede subir, pero ya sabe usted, señor, que las fotos y la información que recoja, deberá pasar previamente por la censura militar. Usted— agregó dirigiéndose a Vera que corrió igualmente hacia ellos— no puede subir, señorita; estoy seguro que mis superiores no lo permitirían.

—No te preocupes, encanto— dijo Thomas con un tono de exasperante superioridad en la voz— yo te daré toda la información que necesites...

—¡Gracias, dadivoso!— contestó ella agriamente.

El casco del «Peace» tocó bruscamente la colosal muralla de acero del portaaviones. Inmediatamente, el altavoz del palo mayor empezó a dictar órdenes:

—¡Que avance la primera Sección! ¡La segunda ocupará el Puente de Mando y la tercera las máquinas! ¡Adelante!

Thomas, pegado a su amigo, se adelantó con los primeros «marines» que ya escalaban ágilmente por las redes que pendían de

los flancos del «Atlantic». Minutos más tarde, el periodista y el agente del FBI: que se habían adelantado a los soldados en un esfuerzo formidable, saltaban sobre cubierta.

Se quedaron de hielo...

Un grupo de hombres, SEMIDESNUDOS, con el cuerpo cubierto de pelos, semejantes en todo a grandes cuadrumanos, les miraban estúpidamente...

Al saltar a cubierta, el oficial que mandaba la Primera Sección lanzó un grito de aviso:

—¡Alto!

El inesperado espectáculo le había dejado, como a todos, boquiabiertos.

Súbitamente y lanzando gritos inarticulados, los hombres peludos se lanzaron contra ellos, entablándose una lucha feroz, ya que los «marines», cogidos de improviso, no acertaron a hacer uso de sus armas, al menos por el momento.

—¡Ordene la retirada!— gritó Templer al oficial.

Pero éste, aun deseando hacerlo, se vio obligado a disparar imitado por gran parte de sus hombres y cayendo así los atacantes en nutrido montón.

Los demás, espantados indudablemente por el fuego de las armas, que no conocían, huyeron dando gritos guturales.

Hubo un largo silencio.

El oficial, pálido como la muerte, se acercó sumisamente a Templer.

—¿Qué le parece que hagamos, señor?

—Espere un momento; no puedo concebir lo que aquí ha pasado, pero creo que voy a saberlo en seguida.

Se acercó, resueltamente, a los cadáveres que yacían sobre la brillante cubierta del barco.

Una sonrisa de triunfo, no obstante triste, apareció en sus labios.

—¡Cojan este cadáver!— ordenó a los soldados que le obedecieron prestamente.

Y acercándose al oficial:

—¡Vámonos! Hemos de hablar con el comandante del barco y, en seguida, con el Almirante y con Washington.

Momentos más tarde, una lancha, llevando el cadáver recogido, a Templer, Thomas y el comandante del «Peace», surcaban las aguas

rumbo al buque insignia donde el Almirante se retorcía las manos de impaciencia.

Cuando tendieron el cadáver en el alfombrado suelo de la cabina del Almirante y después que cerraron la puerta, Templer, señalando el cuerpo, dijo:

—El profesor Coleman ha cumplido su amenaza.

—¿Qué quiere usted decir, señor Templer?

—Quiero decir, Almirante, que Coleman posee, desgraciadamente, el poder suficiente para dominar a todos los gobiernos del mundo.

—No entiendo...

—Fíjese en ese cadáver. ¿No le recuerda nada?

Y ante el silencio del otro:

—¡Es un hombre prehistórico! Un ser de las cavernas; uno de nuestros antepasados, que vivieron hace millones de años sobre la Tierra... ¿Comprende ahora?

—¿Quiere usted decir que esa nube ocultaba aparatos que han lanzado estos hombres contra nuestros «marines»?

—¡Ojalá fuese así, Almirante! NO, ESTE HOMBRE PREHISTÓRICO NO HA LLEGADO DE PARTE ALGUNA, SENCILLAMENTE, PORQUE HACE APENAS MEDIA HORA, ERA UN «MARINE» DEL ATLANTIC», LLAMADO, EXACTAMENTE, JOHN CARREL...

—¿Qué está usted diciendo?

—La verdad. Fíjese en la placa de identidad que lleva alrededor del cuello; allí tiene su nombre y su número...

—Eso no quiere decir nada. Puede este... hombre prehistórico habérsela cogido al «marine» después de matarlo.

Templer sonrió tristemente.

—Agáchese usted, Almirante, por favor. ¿Ve usted esta marca?

—Sí, es la cicatriz de una vacuna...

El agente se levantó triunfante.

—Muy bien— dijo sin dejar de sonreír—. ¿Quiere usted decirme desde cuándo se vacunaban los hombres prehistóricos?

Capítulo VI



l avión, un reactor de viajeros último modelo, se posó en la amplia pista del aeródromo ginebrino.

Nada más bajar del aparato, Templer, al que seguían Thomas y Vera, lanzó una curiosa mirada a los otros monumentales aviones que se habían posado y que estaban aparcados en las pistas auxiliares.

—No me equivocaba— dijo—, ya han llegado.

En efecto, tres colosales aviones a reacción, que ostentaban en alas y fuselaje la estrella roja de cinco puntas, estaban aparcados un poco más lejos y protegidos por un cordón de policía suiza, auxiliada por un oficial soviético.

—¿Estás seguro de que fueron «ellos» los que robaron y asesinaron a Simpleer y Fergurson?

—Completamente seguro. No hay más que darse cuenta de que han sido ellos los que, repentinamente, han convocado esta reunión internacional, hablando en «nombre de Coleman».

—¿Quieres decir que el profesor se ha convertido en su aliado?

—No lo sé exactamente; lo que puedo asegurarte es que obraron con más astucia que nosotros. Al enterarse del contenido de la película y de la cinta magnetofónica, se pusieron en inmediata comunicación con el profesor, poniéndose, sin duda alguna, a sus órdenes.

—Y por eso —intervino Vera— se han convertido en los «representantes» del sabio.

—Así es— asintió Templer.

Thomas se había vuelto hacia la muchacha.

—¡Siempre dije, encanto, que poseías una cabeza verdaderamente maravillosa! ¡Lo que vamos a hacer tú y yo juntos!

Ella le miró de arriba abajo.

—¿Tú y yo juntos, Lantoor? Antes me dedicaría a cualquier cosa...

—¿Crees que lo consentiría yo, cariño?

—¡Te he dicho mil veces que no me llames cariño! Además de que puedes equivocar a las personas que te oigan, esa palabra en tus labios suena a herejía...

—¿Por qué?

—¡Porque eres un cínico y ningún cínico es capaz de pensar en alguien que no sea en sí mismo!

—Dejen de reñir; ya estamos llegando...

Las tarjetas especiales que Templer se había procurado en Washington sirvieron para abrirles paso en aquel edificio en el que la entrada estaba excepcionalmente limitada, ya que asistía la Prensa de todo el mundo y delegados de todas las naciones del orbe.

La expectación en el viejo salón de la Sociedad de Naciones era enorme y el rumor sostenido de las conversaciones producía un verdadero estruendo.

Templer y sus amigos ocuparon el lugar que les correspondía, justamente detrás de la delegación estadounidense.

Todas las delegaciones estaban ya en su sitio, excepto la soviética, cuyos asientos estaban vacíos.

—Quieren darse importancia..—. murmuró Templer en voz baja.

—Desdichadamente— opinó Lantoor— pueden permitirse ese lujo... Fíjate en nuestros delegados: están rojos de cólera. Si pudiesen, la empeñarían a puñetazos con todos los rusos en cuanto éstos aparecieran.

—Ahí están —dijo Vera.

En efecto, precedidos por su jefe, Winisky, los delegados rusos acababan de penetrar en el salón de sesiones y lanzaron una mirada, entre divertida y curiosa, a las delegaciones allí reunidas. Algunos aplausos sonaron en los puestos de las delegaciones de Ucrania y Bielorrusia, pero el resto permaneció en completo silencio.

Cuando la delegación soviética hubo ocupado sus asientos Winisky, se adelantó hacia la tribuna, seguido de un hombre alto y delgado.

Templer dio con el codo a su amigo.

—Escucha, Thomas— dijo en voz baja—. ¿No te recuerda nada la cara de ese tipo que está al lado de Winisky?

Lantoor reflexionó unos instantes.

—¡Ahora me acuerdo! —exclamó repentinamente—. ¡Es Petrosky, el enviado del «Raboti» de Moscú!

—No me extraña. Pero lo que hace pensar es que vi a ese tipo rondando por la casa de la señorita Porter, en New York.

—¿Es posible?

—Sí. Callémonos ahora; creo que Winisky va a empezar a hablar.

Así fue, en efecto. El delegado ruso, tras lanzar una mirada circular a los asistentes, empezó:

—Hemos convocado esta reunión general a instancias del gran amigo de la Unión Soviética, profesor Peter Coleman, al que tenemos el honor de representar…

»Dotado de un poder que solamente posee la ciencia, representante del esfuerzo humano más loable, el profesor, por intermedio de la U.R.S.S., propone a todos los países del mundo, la inmediata e incondicional sumisión al nuevo mando, que será presentado por el profesor Coleman.

»Todos los países, miembros o no de la ONU, deben someterse a la nueva autoridad y para ello cumplir las siguientes cláusulas:

»Primero.— Las fuerzas armadas de cada país, en el más amplio sentido de la palabra, incluidas las policiales y de orden público serán sistemáticamente disueltas antes de una semana.

»Una vez realizada esa completa desmovilización, los gobiernos respectivos se reunirán, en sesión permanente, esperando las instrucciones del profesor que serán cumplidas a rajatabla…

»Segundo. —Todas las líneas fronterizas serán anuladas.

»Tercero. —Cada país habrá de entregar, a quien el profesor indique, la total reserva de oro, uranio y otros metales radioactivos, que serán concentrados en un lugar determinado y secreto pasando a ser propiedad de las nuevas autoridades.

»Cuarto y último. —Los países que se nieguen, dificulten o demoren el cumplimiento de estas instrucciones, serán severamente castigados, como ya lo ha sido, a manera de aviso, el de los Estados Unidos de América.

»Nada más, señores.

Un escándalo sin precedentes estalló en el salón. Todos, al mismo tiempo desearon manifestar su disconformidad, plantear observaciones y enmiendas, recibir una explicación más amplia y detallada...

Voces y gritos completamente inútiles y vanos.

Winisky, seguido de su delegación en masa, se retiraba ya del salón, saliendo lentamente por la puerta por la que habían entrado momentos antes.

—¡Es inaudito!— exclamó Vera.

—¡Vergonzoso es la palabra adecuada!— protestó Thomas.

Templer permanecía en silencio.

—Vamos— dijo finalmente.

Salieron del palacio de las Naciones Unidas, dirigiéndose hacia el centro de la ciudad.

Después de caminar durante un rato, tomaron asiento en la terraza desierta de un café.

—¿Qué crees que va a pasar?— inquirió Lantoor.

—No lo sé aún. Todo depende de lo que se discuta ahora en aquel salón, que parece haberse convertido en un manicomio. Pero no es terrible lo que pueda ocurrir, sino lo que debe haber ocurrido ya.

—¿A qué te refieres?

—No estoy muy seguro, pero casi apostaría la cabeza a que los rusos han hecho prisionero a ese loco de Coleman.

* * *

Sukov penetró, seguido de Petrosky, en el moderno ascensor que, tan silenciosa como rápidamente, les hundió en las entrañas de la Tierra. Durante los breves minutos que duró el viaje, los dos hombres no despegaron los labios, mirando insistentemente la pared gris del aparato y demostrando así el profundo ensimismamiento que les embargaba.

Finalmente, cuando el ascensor se detuvo y las puertas se abrieron automáticamente, Petrosky dijo, por pura fórmula:

—Ya hemos llegado, camarada Sukov.

El presidente de la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas salió, naturalmente, el primero. La pareja de centinelas, armados

hasta los dientes, que vigilaban la salida del ascensor, se cuadraron, saludando militarmente a la máxima autoridad de su país.

Un amplio pasillo, dotado de un «tapis-roulant», que se movía en un solo sentido, los condujo finalmente hasta una monumental puerta blindada, ante la que media docena de mongoles hacían igualmente guardia.

Nuevos saludos y la puerta, esta vez empujada por uno de los guardianes orientales, se abrió para dar paso a los dos dignatarios soviéticos.

Al otro lado de la puerta, el más fantástico laboratorio que podían concebir los hombres, ofrecía un aspecto francamente imponente. Sin embargo, la quietud que reinaba allí decía muy poco de la finalidad de los colosales esfuerzos que debía haber costado todo aquello.

Los dos hombres avanzaron por entre los aparatos, verdaderamente fantásticos, hasta el final donde dos hombres, vestidos con sendas batas blancas, estaban sentados ante una pequeña mesa y jugando, con toda tranquilidad, una partida de ajedrez.

Uno de ellos, el más joven, al darse cuenta de la llegada de los otros, se levantó rápidamente, inclinándose en una servil reverencia.

El más viejo ni se movió siquiera.

Era Coleman.

—¡Hola, Rastikoff; puedes sentarte! ¡Buenos días, profesor Coleman!

Y volviéndose a su acompañante:

—Acerca esas dos sillas, por favor, Petrosky.

Tomaron asiento, guardando silencio durante unos instantes, mientras encendían los largos y acartonados cigarrillos rusos.

Sukov sacudió la ceniza de su cigarrillo, con el meñique, haciéndola caer al suelo.

—Las naciones han sido informadas de sus propósitos, profesor.

El sabio le miró con interés.

—¿Qué naciones?

—Todas.

—¿Y la suya, Sukov?

—Igualmente.

Hubo un corto silencio.

—¿Van ustedes, los rusos, a obedecer de la misma manera que los otros?

—¿Por qué lo duda, profesor?

—Porque no puedo creerlos. Me atrajeron aquí con engaños y cuando he querido revisar los aparatos que se han construido aquí, siguiendo mis planos, Rastikoff me lo ha prohibido.

Sukov tamborileó con impaciencia uno de los brazos del sillón donde estaba sentado.

—He venido para que hablemos claro, profesor. Déjeme, pues, exponer los puntos de vista de mi país y luego, sin duda alguna, llegaremos a un acuerdo completo.

—Puede hablar.

—Perfectamente: la Unión Soviética está de acuerdo, en principio, de que sean los hombres de ciencia los que rijan los destinos de la Humanidad. Más que ningún otro país, la Unión Soviética dio primacía a las teorías científicas, base misma del materialismo histórico. Pero, por otra parte, usted no ignora que desde hace tiempo, estamos combatiendo con todas nuestras fuerzas el culto a la personalidad. La experiencia del pueblo ruso, en este aspecto, le autoriza a temer que el poder vuelva a manos de un solo hombre; por eso, aun estando de acuerdo con sus puntos de vista, hemos nombrado una comisión que será la capacitada para canalizar sus personales deseos de mando...

El profesor le miró con chispas de cólera en los ojos.

—¿Me toma usted por tonto, señor Sukov? Si yo deseo tomar las riendas del mando mundial es, precisamente, para encauzar la Historia por nuevos caminos, que sólo pueden concebir los hombres de ciencia. ¿Cree usted que voy a sacrificar la libertad de todos los países para que, aprovechándose de mi poder, sea Rusia la dueña del mundo? ¿Están ustedes tan locos de remate como para concebir que Coleman va a hacerles el juego y convertirles en los amos del Globo?

—Lo hará de todos modos.

—¡Sueña usted!

—No lo crea. Desde que puso el pie en la Unión Soviética, ha entrado en un mundo donde debe aprender, antes que nada a obedecer.

—¡Delira usted!

—Pronto lo veremos. Por el momento, voy a dejarle diez minutos para que reflexione lo más profundamente que pueda. Si transcurrido ese tiempo, no nos da una contestación afirmativa...

—¿Qué ocurrirá entonces?

—Prefiero no decírselo, al menos por el momento.

Se volvió hacia los otros dos:

—Vamos. Dejemos al profesor solo, porque necesita meditar.

Se alejaron, fingiendo observar los gigantescos aparatos que se habían construido siguiendo las instrucciones y planos de Coleman. Desde que Petrosky consiguió engañar al sabio, ofreciéndole el apoyo de la Unión Soviética para lograr sus fines, el hombre de ciencia, confiado ingenuamente, hizo instalar aquel terrorífico laboratorio, que no era otra cosa que su fabulosa y misteriosa máquina del Tiempo.

Contemplando los complejos aparatos que llenaban casi por completo la descomunal estancia, Sukov experimentó la agradable sensación de saber, por anticipado, que aquellas tremendas máquinas podían, dentro de muy poco, convertile en el dueño del mundo y, sobre todo, y aquello era lo más importante, en el amo de Rusia, ya que en cuanto el profesor colaborase con él, aquellas máquinas servirían para hacer desaparecer a sus enemigos políticos, que eran el único obstáculo para lograr el poder absoluto que tanto ansiaba.

«Un ruso inteligente y poderoso como yo —pensaba— aspira siempre a ser el dueño absoluto, el amo, un zar cuyas tierras se confundan con los límites del mundo.»

Y un poco después:

«¿Luchar contra el culto a la personalidad? ¡Paparruchas! Ningún eslavo podrá hacerlo jamás, porque corre por nuestra sangre una disyuntiva histórica imborrable: ser amo o ser esclavo...»

Consultó el reloj, percatándose de que la mitad del plazo que había concedido al profesor había transcurrido ya.

Se volvió a los silenciosos compañeros que le seguían:

—¿Has traído lo que te dije, camarada Petrosky?

El otro señaló los bultos de uno de los bolsillos de su sahariana:

—Aquí está, camarada Sukov.

—No creo que el profesor pueda resistir la prueba. Todos estos

sabios occidentales son blandos y débiles, ya que su única fuerza reside en sus privilegiados cerebros.

Continuaron el paseo, no alejándose mucho del lugar donde había quedado Coleman.

Rastikoff, que iba armado de una metralleta corta, no dejaba de vigilar al sabio, dispuesto a impedirle, fuese como fuese, que se acercara a ninguno de los aparatos que llenaban el laboratorio.

—Vamos.

—Habían transcurrido los diez minutos y los tres hombres se acercaron al americano.

—¿Ha reflexionado ya, profesor?

—Sí.

—¿Cuál es su respuesta?

—No.

—¿Qué quiere usted decir concretamente?

—Que no me someteré a ninguna autoridad que no sea la mía y que para la puesta en marcha de mi proyecto, exijo la destrucción inmediata de este laboratorio y mi libertad absoluta, llevándome al país en el que yo desee establecerme...

Una sonrisa extraña entreabrió los labios del ruso.

—No sabe usted cuánto lamento esa absurda y loca decisión, profesor.

Volvióse hacia Petrosky:

—Sácalo, camarada.

Hurgó el otro en el bolsillo, sacando con dificultad un frasco esmerilado que entregó a su jefe.

Éste, cogiéndolo, lo enseñó al sabio.

—¿Sabe lo que es esto, profesor?

—No, ni me interesa.

—No lo creo así. Aquí, en el interior de este frasco, hay media docena de seres bastante repugnantes y, sobre todo, tremendamente dañinos... ¿Ha oído hablar de las «filarias» africanas?

El sabio no contestó.

—Las «filarias» son unos gusanos que solían, antes, introducirse en los pies desnudos de los negros, causándoles dolores horribles. Las que contiene este frasco proceden de Borneo y son mucho más horribles que las africanas...

»Uno de nuestros biólogos más eminentes ha descubierto que la

voracidad de estos repugnantes animaluchos aumenta fantásticamente cuando se les ha habituado a degustar la carne humana; pero, para saciar su curiosidad, profesor, voy a permitirme explicarle el procedimiento utilizado por nuestro biólogo.

»Deja que uno de estos animales penetre en la pierna de una criatura humana —nosotros disponemos de multitud de detenidos políticos que «aceptan», con tal de disminuir su castigo, servir de conejos de India—. Repito que nuestro sabio deja penetrar uno de estos gusanos en la pierna de un hombre; el animal se lanza a devorar, glotonamente, la carne de la víctima. Entonces, cuando está encantado, pero no ahíto, el sabio lo hace salir, dejándolo con el suficiente apetito para desesperarle, Así, sucesivamente, va haciéndole entrar y salir, cada vez más rápidamente, del organismo que constituye su presa…

»¿Qué ocurre entonces?

»Una cosa muy sencilla: el animal «aprende de memoria» que sus ocasiones de comer, a su gusto, son muy escasas y que, por lo tanto, debe «aprovechar» todo lo posible el poco tiempo que le dejan…

»De ahí que su voracidad se haga verdaderamente horrible… ¿No le interesan mis disquisiciones, profesor?

—En absoluto.

—Lo siento, pero le creí más inteligente… ¡Inmovilizadle, rápido!

Antes de que pudiese evitarlo, los otros dos le sujetaron fuertemente, e instantes después estaba sólidamente atado a su sillón.

—¡Es usted un cobarde y un canalla, Sukov!

—¡Guarde sus grandes insultos para después, profesor Coleman!

Había desenroscado el tapón esmerilado del frasco y Petrosky, que había terminado de atar al profesor, ayudado por Rastikoff, le tendió un par de pinzas.

—Cuidado con los dedos, camarada; esos bichos son muy rápidos.

Sukov sonrió al tiempo que tomaba las pinzas que le tendía el otro.

—Tendré cuidado. Descalzad al profesor.

—¿Qué pie?

—Cualquiera, es igual: el izquierdo mismo, por ejemplo.

Se debatió Coleman cuanto pudo, pero de nada sirvieron sus esfuerzos. Momentos después, el zapato y el calcetín que cubrían su pie izquierdo, yacían en el suelo.

Sukov se acercó sonriendo cínicamente:

—Todavía tiene usted tiempo, profesor...

—¡Canalla!— rugió el sabio—. ¡Pagará muy caro todo esto!

Arrodillándose, el ruso sacó con las pinzas una especie de minúsculo gusano que se debatía locamente entre las dos ramas de acero. Lenta, muy lentamente, fue acercando el animal al pie del sabio, cuyos ojos se habían dilatado de horror.

—Es mejor que lo coloques al lado de la uña del dedo gordo, camarada— aconsejó Petrosky—. Así penetrará más fácilmente.

Sukov siguió las instrucciones que acababan de darle.

Nada más tocar la piel humana, la «filaria» hundió su fina cabeza y el ruso no tuvo más que aflojar la presión que ejercía sobre las pinzas para que el animal desapareciese por el rosado espacio que dejaba la uña en su implantación sobre la piel.

El sabio se estremeció horriblemente de pies a cabeza.

En las primeras fracciones de segundo no experimentó, en verdad, dolor alguno. Pero la sensación que le causaba la penetración del asqueroso gusano le causó un estremecimiento de repugnancia intolerable.

Casi, en seguida lanzó el primer grito de dolor.

Más que grito fue el alarido de un animal herido en su parte más sensible. En efecto, dentro de su carne, el gusano, sabiendo que le iban a dejar muy poco tiempo para comer, destrozaba tejidos, nervios y músculos, intentando ávidamente devorar la mayor cantidad de alimento a una velocidad formidable.

El rostro de Coleman tomó un feo color cerúleo.

El dolor era humanamente irresistible y el sabio, que apenas podía respirar, contorsionó el cuerpo como si intentase lanzar fuera el animal que le devoraba.

—¡Haré lo que quieran...! ¡Les obedeceré en todo!

Sukov sonrió ampliamente.

—Sácalo, Petrosky— ordenó.

El otro, que ya tenía un fino estilete en la mano se apoderó de las pinzas que su jefe le entregaba y momentos después, con una

habilidad extraordinaria, se apoderaba del pequeño gusano, no sin tener que abrir una amplia brecha en el dedo de Coleman. Éste, transido de dolor, no sintió el que le produjo el bisturí, porque el otro era tan espantoso que ahogaba todos los demás.

Capítulo VII



l agente Templer había logrado convencer a las autoridades del Pentágono para que se doblegasen a las absurdas órdenes rusas, ya que confiaba plenamente en que el profesor Coleman, sin duda prisionero de los soviets, se negaría rotundamente a servir de pelele a las malévolas intenciones de los rusos.

—Coleman— dijo Templer a los del Pentágono— puede ser un maniático, un sabio loco y lleno de megalomanía de los pies a la cabeza, pero, a pesar de todo, no deja de ser un americano, y eso le impedirá siempre traicionar a su país...

—Pero —observó el secretario de Estado— el ser americano no le ha impedido convertir a los hombres del «Atlantic» en salvajes prehistóricos. Ya sabe usted, Templer, que nos hemos visto obligados a matar a esos desgraciados, que no querían entender ninguno de nuestros ruegos... Ha sido Coleman el que los ha convertido en salvajes...

—Nadie discute eso, señor. En realidad, Coleman deseaba, en buena forma, asumir el mando del mundo... Es un soñador, un idealista enamorado de una idea que, desdichadamente, no es más que una utopía. Estoy seguro que hubiese deseado que su país fuese el primero en someterse a sus extravagantes propósitos... Sin embargo, el problema que se nos plantea hoy es mucho más grave, ya que si obedecemos a las instrucciones dadas por Winisky, no nos someteremos en realidad al profesor, sino a los rusos...

—Ése es nuestro punto de vista, míster Templer. Estamos dispuestos a demostrar al mundo que no nos vamos a dejar someter al engaño histórico más gigantesco que se ha podido imaginar. Mandaremos toda nuestra flota del Atlántico a Europa, abarrotada

de tropas, para demostrar a nuestros aliados que estamos dispuestos a luchar, contra las imposiciones soviéticas. Eso les decidirá, sin duda alguna, a ponerse a nuestro lado.

—Ese movimiento de tropas habrá de hacerse en el mayor secreto.

—Por descontado. Nadie lo conocerá y procuraremos impedir que los servicios secretos rusos tengan el menor indicio de lo que vamos a hacer.

* * *

—¿Has preparado ya tus notas, Vera?

La joven, que golpeaba frenéticamente la máquina de escribir, no se volvió siquiera.

—En seguida termino. Siempre estás protestando de que mis artículos son demasiado largos. Y es que olvidas que yo escribo para las mujeres y que éstas necesitan una descripción rica en detalles, ya que lo que les gusta es eso precisamente...

—¡Qué desgracia la tuya!

—¿A qué desgracia te refieres? ¿A la de haberte conocido?

—No, preciosa; me refiero a la de tener que escribir para un público tan especial como el de tu sexo. Cada vez que leo tus artículos no puedo por menos que reír, sobre todo, cuando describes, con tanto detalle, el aspecto y el atuendo de los personajes masculinos; por ejemplo: en esa importante reunión del Pentágono, a la que nos dejó asistir Templer, dedicas tres líneas a los resultados alcanzados y medio millar de palabras a la descripción de los trajes, corbatas y color de los cabellos de todos los reunidos... ¿No es para «mondarse»?

—¡Eres un estúpido, Thomas! Ya sabes que, como tú, tengo que defender la tirada del periódico para el que trabajo. ¡Dichosa época en la que el escritor no tenía que pensar en el público al que iban dirigidas sus obras! Ahora hemos de decir lo que le agrade y ocultar lo desagradable, porque la comida depende de los que compren lo que escribimos...

Lantoor asintió con la cabeza:

—Ésa es la verdad, encanto. Un escritor es, hoy por hoy, un hombre que puede compararse a un tendero cualquiera; éste dice,

con una sonrisa en los labios: «¿Se ha fijado usted, señora, en la calidad de estos fideos? Podrá hacerlos cocer en pocos minutos y su sabor hará que su marido la considere como la mejor de las cocineras.»

«Para el escritor, el problema es el mismo: «¿Le gusta a usted este personaje, señora, o lo prefiere más ancho de espaldas, moreno y con unas canas en las sienes, que aumenten su masculinidad y le den ese aire «interesante» que tanto le encanta a usted? Y usted, señor: ¿Prefiere que la secretaria del detective sea rubia platino o morena con los ojos rasgados?» ¡Es un asco, Vera!

Encendió un cigarrillo y lo puso en los labios de la muchacha, que seguía golpeando velozmente las teclas de la máquina; luego, mientras encendía el suyo:

—Y hablando de otra cosa, preciosa: ¿Recuerdas exactamente lo que hablaste con Coleman cuando te invitó a visitarle su laboratorio?

—¿A qué te refieres?

—No lo sé exactamente, pero hay algo que no deja de intrigarme poderosamente desde que me lo dijiste.

—¿Qué era?

—Lo del chimpancé. Coleman hizo saltar su casa y mató, al mismo tiempo que a su ayudante, a ese cuadrumano al que al principio tomamos por el profesor. Él se refirió a ese animal cuando hablasteis a solas, ¿no es así?

—Así fue.

—¿Recuerdas exactamente lo que dijo el sabio?

Ella dejó de escribir y miró, intensamente, a su compañero.

—¿Qué te traes en la cabeza, Thomas?

—Ya te lo diré; por el momento, deseo que me repitas, si puedes, las palabras que pronunció el profesor respecto al cuadrumano.

Dio ella una nueva chupada al cigarrillo y entornando los ojos contestó:

—Ahora recuerdo: el profesor, cuando yo le pregunté extrañada quién era «Sunko», contestó: «Sí, era un chimpancé que «ellos» me habían confiado.»

—¿Y qué dijo después?

—Fui yo quien le preguntó quiénes eran «ellos». Entonces, Coleman dijo: «Así es, señora. Seguramente se enfadarán cuando se

enteren, ya que «Sunko» era el único ejemplar de cuadrumano que quedaba a los hombres del siglo L.»

—¿Estás segura de que dijo del siglo L»?

—¡Completamente segura! Me extrañaron tanto aquellas palabras que le pregunté si no había olvidado que estábamos en el siglo XX, en el año 1970. Entonces fue cuando él me contestó, con un tono duro en la voz: «No, no lo he olvidado, mistress Lantoor. Sé perfectamente el día, mes y año en que estamos...» Eso fue todo, Thomas.

De espaldas a la muchacha y mirando por el amplio ventanal que daba a la avenida, Lantoor parecía contemplar la riada de coches que desfilaba incesantemente bajo sus ojos.

—¿Has descubierto alguna cosa?— inquirió Vera, picada por la curiosidad.

—¿Descubrir alguna cosa? Desdichadamente, no, pequeña. Pero hace días que vengo dando vueltas a ese asunto, a esas palabras, como si sospechase que encierran algo muy importante...

—¿No quieres decirme nada?— insistió Vera, con un mohín de enfado que aumentaba aún más el encanto de su rostro.

Él se había dado la vuelta y la contemplaba con una sonrisa en los labios.

—¡Qué bonita eres, cariño!

—¿Es eso todo lo que puedes decirme?

—¿Te parece poco?— y ante el encogimiento de hombros de la muchacha, que se disponía a seguir escribiendo, adelantó la mano —. Espera, voy a decirte lo que pienso.

—A ver si es verdad.

—Escucha, Vera: Tenemos pruebas, más que las que hubiéramos deseado poseer, de que Coleman ha inventado un aparato fabuloso capaz de dominar el tiempo. Al convertir a los «marines» del «Atlantic» en hombres prehistóricos, nos hizo ver que no fanfarroneaba. Ahora bien, sus palabras, las que tuvo contigo, nos demuestran, igualmente, que *ha tenido contacto con los hombres del futuro, con seres que no han nacido todavía...*

—¿Te has vuelto loco, Thomas?

—No lo sé. Es posible que todos acabemos en un manicomio; pero volviendo a lo que te iba diciendo: Coleman ha establecido contacto con esos hombres del siglo cincuenta; esos hombres que le

prestaren a «Sunko» y que, copiando sus propias palabras, se habrán enfadado al perder al único cuadrumano que poseían...

—¿Pero sabes lo que estás diciendo, Thomas?

—¡Claro que lo sé!

—No lo creo; escucha tú ahora; según las barbaridades que acabas de decirme, «Sunko» era un chimpancé del siglo L, prestado por los hombres de aquella época futura al profesor; ahora bien: ese mono, según se deduce de lo que acabas de decir, murió treinta siglos antes de nacer... ¿Es que quieres volverme tarumba, amigo mío?

—No, querida. Lo que deseo hacerte comprender es qué, sea por lo que sea, esos hombres del siglo L están enfadados con el profesor.

—¿Y qué?

—Que, sencillamente, si lográramos regalarles algunos chimpancés, podrían ayudamos mucho...

—¿Qué? ¿Que quieres entrar en contacto con esos hombres? ¡Debes tener cuarenta de fiebre, querido Thomas!

—También es posible. Lo cierto es que si lográremos hacernos amigos de esos seres fantásticos, lograríamos resolver muchas cosas...

—Pero, aunque fuese posible tu idea, ¿cómo lograrías entrar en comunicación con «ellos»?

—Muy sencillamente: con los aparatos del profesor Coleman. De la misma manera que él parece haberlo logrado, podríamos hacerlo nosotros.

Ella abrió los ojos, manifestando una sincera sorpresa.

—¡Los aparatos! ¡El laboratorio!

Se encogió de hombros.

—Me haces soñar y desvariar, Thomas. ¿Dónde está ese laboratorio?

—Tú estuviste en él, Vera...

—¿Yo?

—Sí. Cuando Coleman te llevó a su casa.

—No vi ni un solo aparato, Lantoor.

—¡Porque estarían en el sótano o en alguna dependencia aneja al edificio! ¡Por el amor de Dios, Vera, haz un esfuerzo para recordar a qué lugar te condujo Coleman en el coche que te regaló después!

Frunció la muchacha el entrecejo, ensimismándose profundamente.

—No puedo recordarlo..—. confesó vencida, al cabo de un par de minutos de reflexión.

—Eso es lo peor; porque, de todas maneras, estoy seguro que cuando Coleman acudió a la cita con los rusos, no se llevó ningún aparato de su laboratorio.

—¡Entonces no hemos de temer a los soviets!

—No corras tanto, mujercita. Los rusos habrán obligado al profesor a montar otro laboratorio semejante en la U.R.S.S.

—Todo eso está muy bien, pero la primera vez que vuelvas a llamarme «mujercita», te tiro la máquina de escribir a la cabeza.

—¿Cómo? ¿Pero ya has dejado de llamarte mistress Lantoor?

—¡Déjate de bromas, Thomas! Ya sabes que te aprecio como compañero y que estoy plenamente convencida de que vales mucho, pero de ahí a convertirme en tu esclava, hay mucho camino que recorrer...

—Entonces

—Entonces, ¿qué?

—¿No puedo aspirar a que me vuelvas a besar como aquella noche cuando visitamos a Coleman?

Tuvo que salir de la habitación más que corriendo. Por fortuna para él, la máquina de escribir pesaba demasiado.

* * *

Una comisión militar, dentro del mayor secreto, esperaba la llegada de la flota americana en un puerto inglés.

Desde Washington, así como desde una base yanqui en Inglaterra, se seguía la marcha de los buques, comunicándose constantemente con ellos por medio de una clave creada especialmente para aquel servicio.

Todo parecía ir a las mil maravillas.

Era indudable que el servicio secreto soviético no sospechaba nada y que la inminente llegada de la flota convencería a los gobiernos amigos de los Estados Unidos que América estaba dispuesta a oponerse, incluso con la guerra, contra las apetencias que los delegados soviéticos se habían permitido exteriorizar,

gracias al apoyo, voluntario o forzoso, del profesor Coleman.

Templer navegaba en el buque insignia y era uno de los que con mayor frecuencia comunicaba con las bases en territorio británico y con el Pentágono, que seguía ansiosamente la marcha de la flota.

Ésta, en formación de combate, escogió el camino más seguro para dirigirse hacia Europa, tomando las rutas del Norte, donde las brumas y el mal tiempo servían para ocultar la marcha de los doscientos barcos que componían aquella formidable formación naval.

Ningún gobierno europeo, salvo el británico, había sido informado de aquella demostración de fuerza, ya que se deseaba guardar el mayor secreto posible.

El mando estadounidense contaba con convencer rápidamente a los occidentales para emprender inmediatamente una ofensiva contra los territorios soviéticos antes de que los rusos lograran apoderarse, mediante la tortura, de los fantásticos procedimientos que poseía el profesor.

Quizá por aquello, por creer que Coleman no había cedido aún a las exigencias de los que le habían engañado y hecho prisionero, la flota se movía con cierto optimismo, y el haber atravesado el Atlántico ya casi en su totalidad, había hecho renacer la confianza en todos los corazones.

A las seis de la mañana, hora de Londres, Walter, el encargado de recibir los mensajes procedentes de la flota, recibió uno, firmado en clave por Templer, y en el que le comunicaba que todo iba perfectamente y que antes de dos horas los barcos podían acostar en el puerto británico que se había fijado por los mandos comunes de ambas naciones.

A las seis y trece minutos, Walter recibió otro nuevo mensaje, así concebido:

«Lesly a Cowerland. Stop. Una nube verde avanza velozmente hacia, nosotros. Stop. No hay duda alguna de que el enemigo ha conseguido información sobre nuestra marcha. Stop. En estos momentos se toca a zafarrancho de combate. Stop. Corto.»

Once escuadrillas de reactores, con base en Inglaterra, fueron lanzadas inmediatamente a la defensa de la flota.

A las seis y veinticinco, Walter recibió el postrer mensaje de Templer:

«Lesly a Cowerland. Stop. La nube verde rodea ya a la mayor parte de los barcos, con los que carecemos de comunicación por radio. Stop. Es curioso pensar en algo que, después de la experiencia del «Atlantic», se presenta a la imaginación. Stop. ¿A qué época nos destinará el profesor Coleman? Stop. ¡Hasta la eternidad, amigos...!

Los aviones llegaron demasiado tarde, y dos horas después, cuando Washington tuvo informaciones de lo ocurrido, ordenó a su embajador en Londres que rogase al Gobierno de Su Graciosa Majestad Británica que enviara algunos barcos para ver si la horrible experiencia del «Atlantic» se había repetido.

El sabroso informe recibido en el Pentágono decía, textualmente, lo siguiente:

«Contraalmirante Farragan a Pentágono. Stop. Siguiendo órdenes Almirantazgo británico, abordamos buques escuadra americana, que navegaban sin rumbo. Stop. Sorprendidos encontramos con marineros disfrazados absurdamente de guerreros romanos. Stop. Ante deseo de hablar con ellos, imposibilidad de entendemos por hablar en latín. Stop. Casi en seguida, lanzarse combatir contra nosotros. Stop. Tres marinos británicos muertos en refriega. Stop. Ignorar bajas americanas. Stop. Urge instrucciones urgentes. Stop. Salúdole respetuosamente. Stop. Farragan.»

Y, pocos instantes más tarde, el Pentágono enviaba el siguiente mensaje, en respuesta al de Farragan:

«De Pentágono a contraalmirante Farragan. Stop. Destruya marinería americana, utilizando todas armas, sin destrozar, si posible, barcos. Stop. Agradecémosle colaboración. Stop. Saludos afectuosos. Stop. Carnegie, encargado extraordinario comunicaciones Pentágono.»

Capítulo VIII


e voy, cariño...

Vera levantó la cabeza de la revista que estaba leyendo; una expresión de tristeza ensombrecía sus rasgos.

—¡Pobre Templer!— exclamó sin al parecer haber oído las palabras de Lantoor.

—Sí, ha sido horrible; Joe confiaba demasiado en el patriotismo de ese Coleman. Antes de marchar con los barcos me dijo que estaba seguro que el profesor no habría cedido a las presiones de los rusos.

—¿Crees que le habrán torturado?

—Sin duda; por eso mismo, Templer debía haber sido más prudente. Su confianza en Coleman le ha costado la vida.

Ella le miró fijamente.

—Si no fuese tan trágico, sería para reír a carcajadas. ¿Has leído las declaraciones de los ingleses que abordaron nuestros barcos que iban sin rumbo?

—No.

—Escucha un instante. ¿Te acuerdas de Harold Lymann?

—¿El redactor del «Times»?

—Sí. Consiguió salir con el contraalmirante Farragan y es él, que fue uno de los primeros en subir a nuestros barcos, el que describen la escena; fíjate en lo que dice: «Los grandes y hermosos barcos estadounidenses navegaban sin rumbo y sin concierto. Nosotros lanzamos unos lanchones desde el nuestro, poniendo proa al «Lincoln», el buque insignia norte-americano...

—En el que iba Templer.

—Eso es. Escucha lo que sigue: «No nos fue muy difícil abordar al «Lincoln» y trepamos ágilmente por las redes de desembarco que

llevaba colgadas a los flancos. Yo fui uno de los primeros en saltar a cubierta y les aseguro que permanecí casi tres minutos completamente inmóvil, sin saber lo que hacer y con la boca exageradamente abierta. Frente a mí, junto a la escalerilla que sube a la torre del radar, media docena de hombres me miraban con la misma expresión de extrañeza que debía pintarse en mi rostro. Pero les aseguro que mi asombro estaba mucho más justificado que el de aquellas máscaras. Porque, sin duda alguna, el grupo de jóvenes, disfrazados de centuriones romanos, estaba riéndose soberanamente de todos nosotros.

»El teniente que mandaba aquella sección de reconocimiento se me acercó, preguntándome lo que significaba todo aquello. Yo le dije que sabía tanto como él y entonces nos acercamos a los «bromistas», preguntándoles el porqué de aquel inesperado baile de máscaras.

»Lo más estupendo fue que aquellos tipos, cuando el teniente se dirigió a ellos, en el inglés más correcto, le contestaron en un lenguaje extraño que de momento no comprendí. El teniente llegó a enfadarse y les dijo algo verdaderamente fuerte.

»Fue en aquel momento cuando comprendí que aquellos hombres nos estaban hablando en latín; pero un latín tan claro de pronunciación, que en nada se parecía al que yo había estudiado en Oxford. Ahora me doy cuenta, cuando he sabido más cosas sobre el poder del profesor Coleman, que tuve la oportunidad de ser el primer hombre que ha oído hablar latín POR BOCA DE GENTES QUE VIVIERON ANTES DE CRISTO EN EL IMPERIO ROMANO.

»Pronto la discusión degeneró en combate y los marinos británicos se vieron obligados a abrir fuego contra aquellos seres extraños. Pero antes de retirarnos para no hacer ni sufrir más víctimas, pude ver con mis propios ojos que los «romanos» formaban en largas filas, como las antiguas falanges, sin aterrorizarse lo más mínimo ante las ráfagas de metralleta que les diezmaban implacablemente…

»Uno de ellos, que llevaba colgada una cámara de cine, formando la figura más anacrónica que pueda imaginarse, avanzó valientemente hacia nosotros esgrimiendo una barra de hierro y peleó como un león, teniendo que ser abatido por el teniente…

»Luego he sabido que aquel hombre, sin duda alguna, era

Templer, un valiente agente del FBI que las diabólicas artes del profesor Coleman habían convertido en un centurión romano...

—¡Basta!— gritó Thomas—. ¡No leas más, por favor!

Hubo un corto silencio.

—Perdona, Thomas; lo he hecho sin darme cuenta. Comprendo que es horrible y especialmente penoso para ti... y para mí también, ya que consideraba a Joe como un amigo...

—Es más que horrible; es una crueldad que sobrepasa todo lo concebible... Bueno, me voy, Vera.

—¿Dónde vas?

—Perdona, pero estaré unas semanas fuera...

Ella le miró intensamente, con la angustia reflejada en el rostro.

—¡Dime la verdad, Thomas!

Titubeó él unos instantes antes de decidirse; luego, con un tono de pleno fervor, repuso:

—¡Quiero aniquilar el maldito poder de ese sabio, cariño! ¡Deseo evitar, cueste lo que cueste, que se repitan cosas como las que acabas de leer!

—¡No podrás hacerlo tú solo!

—Sí. Durante estos días he recorrido, casa por casa, esa región donde te parece que te llevó Coleman. Desgraciadamente, no he podido descubrir el laboratorio, ni la casa. Creo que te has equivocado y que no recuerdas bien el sitio. Debiste ir emocionada, al encontrarte con un hombre al que creíamos muerto... Por eso no te fijaste en detalles que tanto nos hubiesen servido ahora.

—¿Y cómo vas a arreglártelas, Thomas?

—¿Recuerdas las película que proyectamos aquí ante los pobres directores de nuestros periódicos?

—Sí.

—Hay un detalle que se me quedó grabado en la memoria. Recordarás que Coleman hablaba desde fuera de la casa, prueba indudable de que él hizo la película, colocando la cámara encima de una mesa. Todo aquel film demostraba que estaba hecho por un aficionado... Pues bien, sin poder recordarlo exactamente, veo aún, con los ojos de la imaginación, una serie de detalles, detrás de la imagen del profesor. Algo así como una casa grande, que no recuerdo exactamente... Si lograra ver de nuevo la película, estoy seguro de que podría localizar el sitio exacto en el que se encuentra

la casa del sabio y el laboratorio…

—¿Y dónde piensas lograr la película?

—En Ginebra. Mañana se reúnen de nuevo las naciones para aceptar, definitivamente, los planes rusos. Lo ocurrido con la flota estadounidense ha sembrado el terror en todos los gobiernos… Pues bien; en Ginebra estará el hombre que robó la película y la cinta magnetofónica.

—¿Cómo? ¿Sabes quién es?

—Sí. Fue el pobre Templer quien me lo señaló en Ginebra, en la última reunión. Él lo había visto rondar por esta casa: es Petrosky, el redactor de «Raboti», la revista moscovita.

—¿Y eres tan ingenuo que crees que te va a devolver la película, si es que la tiene, cosa nada probable?

—¡Claro que me la dará o la buscará, aunque tenga que ir por ella al fondo del mismo infierno! ¿Conoces a Jim Larson?

—¿El campeón de lucha?

—El mismo. Yo no sé qué clase de tortura habrán empleado con ese estúpido de Coleman; pero te aseguro que cuando Petrosky reciba la primera «caricia» de Larson rogará y nos dará la película, aunque tenga que pedírsela personalmente a Winisky.

—¡Quiero ir contigo!

—No, amor mío; prefiero que te quedes aquí. A pesar de tu prosa adormecedora —prosiguió diciendo con una sonrisa— quiero que atiendas al «Tribune» al mismo tiempo que a tu periódico.

Y, además, mujercita, deseo que me busques media hermosa colección de chimpancés…

—¿Para los quiméricos hombres del siglo cincuenta?

—¡Has acertado, preciosa! ¡Ah, además, me he dado cuenta de que no me has pegado, como prometiste, cuando te he llamado «mujercita»!

Se acercó ella:

—¡Ganso! ¿Crees que no es para que una chica como yo se enfade cuándo, al llamarla así, la pones la miel en los labios? ¿Es que no te das cuenta, «emborronacuartillas», que estoy deseando, de todo corazón, que la gente me llame, por derecho propio, señora Lantoor?

La cogió entre sus brazos.

—¡Me haces el más feliz de los hombres, Vera!

Y se besaron.

Indudablemente, si un buen director de cine hubiese estado allí, el pobre de Marlon Brando hubiera visto rescindir su contrato; porque, en cuestión de besos, Thomas Lantoor podía darle más de una lección.

* * *

—Ése es, Jim.

El hombre que marchaba al lado de Thomas miró fijamente la silueta del ruso que acababa de descender de un lujoso automóvil y penetrado en uno de los más elegantes locales de Ginebra.

—¿Vamos a entrar ahí?— inquirió el luchador.

—No. Vámonos al bar de enfrente, donde ha entrado el chófer. Petrosky se divertirá ahí dentro hasta la madrugada; puede estar contento: todas las naciones firmarán, en el plazo de una semana, las instrucciones que ha presentado Winisky.

—¡Déjamelo a mí y ya verás cómo no se firma nada!

—En ti confío, Jim. De tus manos depende, aunque parezca exagerado, el destino del mundo.

Jim sonrió incrédulo y abriendo sus enormes manos se las miró detenidamente.

Penetraron en el bar y Thomas encontró en seguida al chófer del soviético que, solo en una mesa, bebía vaso tras vaso de wodka.

El luchador y el periodista se sentaron no muy lejos.

—Tenemos que eliminarle, sea como sea, Larson. Luego, hacia la madrugada, yo cogeré el volante y tú te ocultarás en la parte trasera del coche. Cuando Petrosky entre, le sujetas bien para que no grite y nos lo llevamos a ese hotelito que hemos alquilado en las afueras.

—De acuerdo.

Esperaron largo tiempo, hasta darse cuenta de que el chófer, que se había cargado excesivamente de alcohol, empezaba a dar cabezadas. Minutos más tarde, dormía con la cabeza sobre la mesa.

—Vamos— ordenó Lantoor.

Se acercaron al conductor y Thomas le sacudió brutalmente. El hombre levantó la cabeza y miró al periodista con los ojos aún abotargados por el sueño.

—¿Qué pasa?— inquirió en ruso.

Thomas le contestó en la misma lengua.

—El jefe espera hace media hora, imbécil.

Consultó el chófer su reloj.

—¡Pero si tan sólo son las once!

—El camarada Petrosky se ha puesto malo y desea regresar inmediatamente a la embajada.

Los ojos del ruso brillaron con una luz de desconfianza.

—¿Y quiénes sois vosotros?

—Policías. Vamos o te pesará.

La palabra «policía» pareció desvanecer no sólo las dudas del conductor, sino su desconfianza.

Se puso en pie con dificultad.

—¡Ayúdale tú!— ordenó Thomas a su amigo—. ¿Es que crees, pedazo de acémila, que vas a poder conducir así como estás? —preguntó, hablando de nuevo en ruso, al chófer.

El eslavo lanzó una carcajada.

—¡No me conoces, camarada! Cuando me he llenado de wodka es cuando conduzco mejor... ¡Si me hubieses visto con los tanques en la guerra!

Ayudado por Larson, que lo sostenía como a un muñeco, salieron del bar, dirigiéndose hacia el lugar donde el ruso había aparcado el coche.

—¡Métele detrás!— ordenó Thomas.

Un simple puñetazo y el ruso, esta vez dormido de verdad, cayó en los brazos de Larson, que lo metió en el interior del vehículo. Instantes más tarde; el poderoso automóvil salía por una de las autopistas que se dirigían hacia el Norte.

Cuando se hubieron alejado una treintena de kilómetros de la ciudad, Thomas detuvo el coche.

—¡Sácalo, Jim!

El coloso arrastró fuera el cuerpo inerme del ruso.

—¿Qué hago con él?— inquirió.

—¡Mátalo y tíralo por ahí!

Larson le propinó un golpe de «judo» con el canto de la mano izquierda. Las vértebras cervicales del eslavo sonaron lúgubremente.

De regreso, sentados los dos en la parte delantera del coche, permanecieron unos momentos en silencio.

—¿Qué tendré que hacer con el otro, Lantoor?

—Eso te lo dejo a tu gusto, Larson; solamente deseo decirte que ese hombre posee una cosa que en nuestras manos puede significar la libertad que parece definitivamente perdida... ¿Me entiendes?

—No mucho; pero no te preocupes, Thomas: ese hombre te entregará lo que deseas, aunque tuviera que inventarlo para dártelo.

Dieron un par de vueltas por la ciudad hasta que se acercó la hora. Entonces, después de ordenar al luchador que se echase sobre el suelo tapizado de la parte trasera del vehículo, Thomas se situó no lejos de la salida del elegante local, esperando que surgiera el ruso.

En efecto, Petrosky salió acompañado de una linda joven y aquello hizo que Thomas frunciese el entrecejo.

«¡Qué estúpida complicación!», pensó.

Pero, por fortuna, Petrosky se despidió de la agraciada joven, acompañándola hasta un hermoso «Cadillac» que la esperaba no lejos del vehículo del eslavo.

Thomas acercó el coche junto al ruso.

Sin dirigirle una sola mirada, demostrando que la «democracia» no era más que un «slogan» afortunado del Kremlin, el personaje soviético subió al coche...

Larson se echó encima, arrastrándole bruscamente al suelo, mientras Thomas aceleraba y lanzaba el coche a gran velocidad.

Cuando, finalmente, se detuvo ante la casa solitaria que había alquilado en las afueras de la ciudad el día anterior, Thomas se volvió hacia el luchador:

—¿Qué tal va ése?— inquirió.

—Se ha desmayado— repuso Jim.

Lantoor se mordió los labios, palideciendo intensamente.

—¡Ten cuidado, Larson! Es probable que ese granuja lleve una buena dosis de cianuro en la boca.

El luchador abrió desmesuradamente los ojos:

—¿Es posible, amigo?

—Espera, voy a encender la luz.

El coche se iluminó intensamente y Thomas, saliendo por su lado, pasó a la puerta trasera. Se inclinó en seguida y metió los dedos de la mano derecha en la boca del ruso, hurgando durante unos segundos. Larson le miraba con los ojos abiertos y se maravilló

al observar que los dedos de su amigo giraban rápidamente.

Instantes después, Thomas retiraba triunfalmente los dedos de la boca del ruso; entre el pulgar y el índice, una cosa brillaba a la luz de la lámpara interior del coche.

—¿Qué es eso?— inquirió el coloso.

—Una muela de oro... completamente hueca, amigo Larson. Y, en su interior, perfectamente pegada con una pastilla de goma de mascar, una minúscula ampolla con una dosis de cianuro capaz de enviar a un país mejor a nuestro querido amigo Petrosky.

—¡Cerdo!

—Y tú que lo digas, Jim; un cerdo que nos hubiera jugado la peor partida del mundo. En el preciso instante en que hubiera empezado a sufrir demasiado, habría roto la ampolla... y se acabó.

—¿Lo metemos en la casa?

—Sí, llévatelo adentro, Jim. Yo voy a ocultar el coche.

Después de esconder el vehículo en el viejo garaje de la casa, situado en la parte trasera del edificio y oculto entre una densa barrera de árboles, el periodista penetró en el interior del hotelito, reuniéndose con su amigo que le esperaba en el «hall», completamente cerrado y con la luz eléctrica encendida.

Petrosky, tendido en una «chaise-longue», había recuperado el conocimiento y miraba a Larson con los ojos muy abiertos. Al entrar Thomas, el ruso volvió la mirada hacia él:

—¿Qué hay, amigo Petrosky?

—Yo no soy su amigo, ni le conozco.

—Eso es lo que tú crees. Si te digo que soy Lantoor, del «Tribune Herald», quizá te expliques por qué te conozco...

El eslavo, creyendo comprender el motivo de todo aquello sonrió más tranquilo.

—Original manera de buscar información, amigo Lantoor.

—Y que lo digas: de verdad que me hubiese gustado mucho más hacer las cosas de una manera más simple, más sencilla...

—¿Por qué no me telefoneaste entonces, colega? Yo soy, por fortuna, de los que comprenden la importancia que puede poseer una noticia para un buen periodista.

Thomas siguió la comedia.

—Es que la información que yo deseaba, camarada Petrosky, es de tal naturaleza e importancia, que estoy seguro que no la hubieses

dado de otra manera...

Él ruso frunció el entrecejo...

—¿De qué se trata?

—De la película que robaste en Nueva York, cuando asesinaste a Ferguson y a Simpleer.

Petrosky hizo cuanto pudo para disimular la angustia que se precipitó bruscamente sobre él. Su rostro apenas manifestó nada, pero sus manos, fuertemente afianzadas en los brazos del canapé, donde se había sentado, blanquearon extrañamente por la zona de los nudillos.

—No estoy para bromas, Lantoor. Por otra parte, lo que has hecho puede costarte más caro de lo que te imaginas. Sin embargo — añadió con una forzada sonrisa—, estoy dispuesto a olvidar este desagradable incidente si me reintegras, ahora mismo y sin más preguntas a la embajada.

Thomas se acercó más a él:

—Yo tampoco tengo más tiempo que perder, cerdo. Te voy a dar medio minuto para que me digas cómo debo hacer para que la película aquélla pase inmediatamente a mis manos...

El ruso no contestó.

Lantoor había sacado ostensiblemente un reloj de bolsillo y mirando de reojo al eslavo, siguió la veloz marcha de la aguja segundera.

Vio, perfectamente y sin inmutarse, cómo Petrosky se metía disimuladamente la mano en la boca buscando, sin ningún género de dudas, la ampolla de cianuro en la muela de oro. El gesto que puso al no encontrarla hizo reír al americano.

—No te molestes, Petrosky; esa muela está en mi bolsillo...

Palideció el otro, pero no despegó los labios.

—Ya ha pasado el medio minuto, ruso de todos los demonios. ¿Quieres contestar?

Silencio.

Thomas se volvió hacia Larson.

—Jim— dijo—, voy a dar una vuelta por la casa y a preparar un poco de café. Por favor, que no grite demasiado.

Salió de la estancia, encendió un cigarrillo y se dirigió hacia la cocina.

Un débil grito llegó hasta él.

Se estremeció.

Nunca había sido partidario de las torturas y de no ser tan importante la misión que se había impuesto, jamás hubiese pensado en Larson.

Pero, desdichadamente, no había más remedio.

Otro lamento, éste más prolongado, se oyó entonces.

Con manos nerviosas empezó a preparar velozmente el café, pero no pudo esperar ni a que el agua cociese; otro grito se dejó oír y Thomas, abandonándolo todo, corrió hacia el salón.

En la misma puerta tropezóse con Larson.

—¿Qué hay, Jim?— inquirió ansioso.

—Todo bien, amigo; está dispuesto a decir o hacer lo que sea.

Se adelantó Lantoor hasta el canapé en el que Petrosky estaba tendido, con una mueca de dolor espantoso en el rostro.

Sus manos temblaban exageradamente.

—¿Dónde está la película, Petrosky?

—Hay una copia en la embajada, ya que fue aquí donde por primera vez la vieron mis jefes. Dame un papel y una estilográfica.

Thomas obedeció prestamente.

Con un esfuerzo bien visible, el ruso escribió en caracteres eslavos una corta misiva que rubricó y firmó:

—Toma. Entrega esto en la embajada y te darán la película sin hacerte preguntas... Otra cosa: es mejor que me mates. Si alguna vez llegáramos a encontrarnos, conocerías el martirio que sufrió Coleman.

Sin hacer caso de aquellas amenazas y ordenando a Larson que cuidase del prisionero, Lantoor abandonó la casa, regresando una hora después con la película, que allí mismo, con un pequeño proyector que había llevado de los Estados Unidos, contempló con una indescriptible emoción.

—¡Idiota que he sido!— exclamó al ver las conocidas edificaciones de la Pan Chimic detrás de la casa del sabio.

Abrazó a Larson de alegría.

—¿Qué hacemos con el ruso?— inquirió el luchador.

Thomas le entregó una pistola.

—No podemos ser débiles ahora, Jim; se juegan demasiadas cosas importantes en esta baza para permitirnos la menor equivocación.

—Comprendo.

Salió el gigante de la estancia y Thomas, como si no creyese lo que acababan de ver sus propios ojos, volvió a proyectar el film, fijándose en muchos detalles que no hacían más que aumentar la seguridad que poseía de haber localizado, por fin, la casa de Coleman.

El disparo le sobresaltó.

Luego, con gestos nerviosos, metió la película en la cajita metálica que la contenía y esperó la llegada de Larson, cuyo rostro estaba sombrío.

—Ya está hecho— dijo el gigante.

—Gracias, Larson. Podemos irnos.

Capítulo IX



on una paciencia que nada tenía de sacrificio, Thomas esperó a que los labios de Vera se separasen de los suyos.

Cuando esto ocurrió, el joven se sentó junto a la muchacha y cogiéndole las manos, dijo:

—¡Soy el más feliz de los hombres, cariño!

—¿Por qué no me llamas «mujercita»?

—Porque todavía no eres mi esposa y que ahora, que ya te tengo segura, no me atrevo a gastarte una broma.

—¡No seas bobo! ¿Cuándo vamos a irnos?

—Dentro de una hora. Quisiera que me hicieses una buena taza de café cargado. Voy a necesitarlo.

—Beberé yo también.

Se levantó y moviéndose con aquella gracia tan suya, salió de la estancia. Instantes después, llegaban hasta Thomas los ruidos de la cocina.

Con un profundo suspiro, el joven sacó de uno de los bolsillos de su americana el frasco de somnífero que había comprado momentos antes de entrar en la casa de Vera.

Lo miró tristemente, guardándolo de nuevo.

Mientras sonreía misteriosamente, encendió un cigarrillo y se puso a pensar, no sin cierto miedo, en lo que iban a ser las próximas doce horas para él.

Estaba tan nervioso que apagó el pitillo contra el cenicero cuando apenas había dado un par de chupadas.

—Aquí está nuestro café, cariño. No puedes imaginarte lo emocionada que estoy.

—¿Por qué?

—¿Y me preguntas eso? Solamente al pensar que puedo ver, con

mis propios ojos, a los hombres del futuro, me estremezco…

—Lo comprendo. Me dijiste que los chimpancés que compraste están en el garaje de Bill, ¿no es eso, amor mío?

—Sí. Le dije al viejo Bill que pasaríamos, tú o yo, a recogerlos. ¡Son preciosos, Thomas! ¿Crees que les gustarán a esos fantásticos hombres del siglo cincuenta?

—No lo dudo, cariño. Oye, ¿quieres hacerme un favor, pequeña?

—Lo que desee el señor— repuso ella haciendo una graciosa reverencia.

—Ve al «hall» y busca en mi gabardina, en no sé qué bolsillo, la película que he traído de Ginebra. Es preciso que nos la llevemos.

Ella contestó sonriente:

—Voy en seguida.

Acabó de servir las tazas de café y salió de la estancia. Apenas había atravesado el dintel de la puerta cuando Thomas, con un nerviosismo tremendo, sacó el frasco, lo destapó y vertió totalmente el contenido en la taza de la muchacha.

Vera regresaba, con la película, en aquellos instantes.

—No me has dicho, finalmente, dónde se encuentra ese fantástico laboratorio, cariño.

—Pronto lo verás. Vamos a tomar el café y ya podemos irnos preparando para la marcha.

Mientras bebían, charlaron de mil cosas distintas y Thomas tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para dominar la intranquilidad que se estaba apoderando de él.

De repente…

Lo que tenía que suceder sucedió.

—¡Qué extraño!— exclamó Vera.

—¿Te ocurre algo, querida?

—Francamente, no acierto a explicármelo. Parece como si me doliera la cabeza y estuviese a punto de dormirme. Voy a tomar una aspirina.

Intentó levantarse, pero fue completamente inútil.

—¿Quieres que te la traiga yo, Vera?

—No, es igual; no tengo ganas de nada…

Bruscamente, la luz pareció hacerse en la mente de la muchacha, que miró asustada a Thomas.

—¡Es imposible!

—¿El qué, querida?

—¡Me has narcotizado, Thomas! ¿Por qué has hecho eso?

Lantoor se dio por vencido.

—No tenía más remedio, Vera; lo que voy a hacer es demasiado peligroso para hacerte correr un riesgo que, en caso de desgracia, no me perdonaría jamás.

Intentó ella levantarse, pero nuevamente tuvo que desistir.

—Has perdido todo mi cariño... Me has engañado miserablemente, Thomas.

—¡No digas eso!

—¿Cómo he podido ser tan tonta? Tú querías que la información y la gloria fuesen solamente para ti... ¡No quiero volverte a ver! ¡He...mos ter...mi... na...!

Cayó dulcemente hacia atrás.

Profundamente emocionado, Thomas se levantó y, cogiéndola tiernamente en sus brazos, la condujo a su lecho donde la depositó con ternura, cubriéndola después con el edredón.

—¡Perdóname, cariño!

Salió disparado de la casa, como si el mismísimo demonio le hubiese perseguido.

Hizo todo lo posible, mientras se dirigía al garaje de Bill, por olvidar y encontrar una justificación a la jugarreta que acababa de hacer a la muchacha; pero, desdichadamente, el remordimiento le hacía un daño cada vez más fuerte.

Bill le facilitó un camión, con un chófer experto para llevar los cuadrumanos hasta el hotelito del profesor. Thomas dejó su coche en el garaje y al salir, en el camión, compró un periódico que un muchacho voceaba en la esquina.

Se había descubierto ya el cuerpo de Petrosky y el de su chófer, así como el auto que Thomas había escondido. La Unión Soviética exigía que los gobiernos occidentales le entregasen al criminal y sus amenazas eran tan fuertes como le autorizaba el poder que había conseguido al «convencer» a Coleman.

Una vez en la casita del profesor, Lantoor se hizo ayudar por el servicial conductor y entre los dos bajaron las jaulas que contenían a los silenciosos chimpancés hasta el sótano donde, sin ninguna sorpresa, descubrió el periodista un fantástico laboratorio.

Entregó una fenomenal propina al chófer, y le rogó que no dijera

nada del lugar donde le había llevado.

—Mi novia no quiere que haga experimentos y estoy seguro, puesto que ha sido ella la que compró estos animalitos, que no tardará muchas horas en pasar por casa de Bill.

—No tema nada, señor. Estoy casado y acostumbrado a estas cosas; las mujeres son todas iguales.

Una vez solo, Thomas examinó los aparatos, uno a uno, así como los muebles que encerraban los documentos, no hallando nada que pudiese guiarle en lo que deseaba hacer.

Después de buscar incesantemente, descubrió, en el más gigantesco aparato de los que allí había, una palanca, de gran tamaño, a cuyos lados y junto a la ranura por la que debía moverse, se veían algunas palabras escritas sobre el metal con un lápiz eléctrico.

Una de aquellas palabras, la que estaba colocada en la parte más alta de la ranura, hizo que el joven se estremeciese:

¡FUTURO!

Thomas acarició, temblando, la palanca...

Fue entonces, al lanzar una ojeada a su alrededor, cuando descubrió, sobre un asiento, un casco. Sin saber exactamente si hacía bien o mal, se lo puso con la intuición de que aquella especie de raro sombrero metálico le protegería de un peligro que no se atrevía a imaginar siquiera.

Luego; con los ojos cerrados, empujó violentamente la palanca hacia arriba hasta que encontró un tope que detuvo el movimiento.

Una luz cárdena le cegó al abrir de nuevo los ojos; al mismo tiempo, un calor horrible le hizo temer que no podría respirar.

Pero, por fortuna, aquellas dos sensaciones desagradables no duraron más que algunas décimas de segundo.

—¿Quién es usted?

Se sobresaltó al oír aquella voz a su lado.

Se volvió, temblando de pies a cabeza y se extrañó aún más al no ver a nadie; luego, repentinamente, al bajar los ojos, tuvo que hacer un esfuerzo para no lanzar un grito de terror.

Ante él, un grupo de criaturas, que alcanzaban apenas la altura de un niño de tres años y vestidos de una forma muy rara, le miraban con curiosidad.

—¿Quién es usted?— repitió el que estaba más cerca.

—Un amigo del profesor Coleman. ¿Y ustedes?

—Somos los hombres del siglo cincuenta.

Thomas tenía la frente perlada de sudor.

—Francamente... no me los imaginaba así...

—¿Le extraña nuestra estatura? Ustedes, los hombres alocados del siglo veinte, tienen la culpa de las ridículas dimensiones de nuestro cuerpo.

—¿Nosotros? ¡Pero si no hemos hecho nada!

—Aún no. Pero cuando llegue el año mil novecientos noventa y nueve, ustedes se lanzarán a una guerra horrible, utilizando las armas que no debieron existir nunca. Los pocos seres que quedarán con vida, tarados por las radiaciones nocivas de bombas termonucleares, no podrán tener hijos normales y la raza, lentamente, se irá haciendo más pequeña, más débil, hasta alcanzar, en las postrimerías del siglo treinta y dos, nuestra estatura actual...

Lantoor se estremeció de horror.

Fue entonces cuando uno de aquellos homóculos lanzó un grito que fue coreado por los otros.

Acababan de descubrir la jaula con los chimpancés, verdaderos gigantes a su lado y saltaban como niños alrededor de los animales.

El que había hablado con Thomas se acercó nuevamente al joven.

—¿Has sido tú quien ha traído eso?

—Sí. Deseaba regalárselos, ya que el pobre «Sunko» murió.

—Es usted muy amable y nos agrada mucho más que Coleman. Además estamos muy enfadados con él. Creo que no nos interesa su fantástico proyecto, que si consigue dominar el mundo, la tercera guerra mundial no estallará y las criaturas futuras serán tan normales como ustedes...

—¿Entonces?

—No nos interesa que ocurra así. Hemos estudiado detenidamente el futuro con nuestras máquinas, mucho más potentes que ésta del profesor y hemos visto que, si las cosas ocurriesen como quiere Coleman, el fantasma de la guerra y el dolor no desaparecerían jamás de la Tierra...

—Apenas si logro entenderle, palabra— confesó Thomas, cuya cabeza empezaba a darle vueltas.

—Lo comprendo; sin embargo, es relativamente sencillo. La

Humanidad necesita un castigo, un severo castigo que merece más que nunca. Llevados por un materialismo horrible, los hombres han olvidado muchas cosas que les fueron enseñadas con bondad, con ternura…

»Sólo la mente demoníaca de un hombre como Coleman, ayudado por el avance fenomenal de la ciencia, pudo atreverse a modificar la Historia. Él supo, por nuestros labios, lo que iba a ocurrir en su futuro y que para nosotros no era más que un lejano y remoto pasado.

»Coleman, en realidad, no se vio movido por ideas buenas, sino por su insaciable ansia de poder. En manos de los sabios (hombres después de todo) la Humanidad no hubiese ganado lo que pensaba Coleman. La maldad, la avaricia y el odio hubiesen germinado, con más fuerza, en el corazón de los hombres malos. Por eso y por otras cosas que usted, amigo mío, no podría comprender jamás, no deseamos que nadie modifique la Historia. Dejemos que las cosas ocurran como deben ocurrir y que el hombre no se atreva, más que con ridículas y absurdas intentonas, repletas de superstición y engaño, a ahondar en el profundo arcano de lo por venir…

—Eso era, precisamente, lo que yo deseaba pedirles. Ignoro, por completo, el manejo de estos complejos aparatos, pero desearía, de todo corazón, poder evitar que ocurran más desgracias…

El hombre del siglo cincuenta sonrió.

—No solamente podrá evitar que ocurran más desgracias, sino que logrará evitar las que ya han ocurrido…

—¿Cómo?

—Sí, amigo mío. Nosotros conocemos todos los loables esfuerzos que usted ha hecho y vamos a premiar su respeto por las cosas que la mente del hombre no debe tocar jamás: el tiempo.

»Cuando nosotros hayamos desaparecido, baja usted la palanca ésa hasta donde Coleman escribió «presente», esperará unos segundos más y después volverá usted a bajarla hasta aquí; pero para eso tendrá que quitarse el casco protector que, sencilla mente, le deja ahora fuera del dominio del Espacio y del Tiempo, en lo que Coleman llamó dimensión «W».

—Perfectamente.

—Se verá usted, entonces, en el mismo instante en que se encontró al acudir a la cita con el profesor. De usted depende,

amigo mío, que todo lo que ha ocurrido no ocurra.

—De acuerdo.

—Ahora, antes de despedirnos, vamos a meternos en la jaula de esos animales para que cuando usted accione la palanca del Tiempo, vengan al futuro con nosotros.

Thomas, sin poderlo evitar, sudaba copiosamente por todos sus poros.

El hombre del futuro le tendió su minúscula manecita.

Dijo:

—Hasta nunca, amigo.

—Hasta nunca.

Cuando los hombrecillos se hubieron encerrado con los animales, el que había hablado con Thomas le hizo un ademán amistoso, que al mismo tiempo era una orden.

Lantoor bajó la palanca…

Otra vez la luz y el calor durante algunas fracciones de segundo.

Después, nada…

—¡He debido soñar!— exclamó el joven en voz alta y con una expresión de indecible terror.

Pero cuando vio que los chimpancés habían desaparecido, se percató de que todo lo que había sucedido era verdad: una fantástica verdad…

Se quitó el casco.

Antes de empujar la palanca, hasta el sitio que le había señalado el hombre del futuro, sus labios se movieron en un rezo imperceptible…

¡Pulsó la palanca!

Epílogo

—¿Tú también aquí, Vera?

El coche de la muchacha se había detenido detrás del suyo, junto al parque donde vivía el profesor Coleman.

Ella volvió a repetir las mismas palabras que Thomas había oído antes y las escenas se repitieron de la misma forma, sin que faltase un solo detalle.

Le parecía soñar.

Él era el único que podía darse cuenta de que todo aquello no era más que una repetición provocada por el tremendo poder de la palanca del tiempo.

Sintió un escalofrío...

Siguieron charlando hasta que la verja se abrió, dando paso, como la otra vez, al ayudante del profesor.

Penetraron en el parque, después que la muchacha se presentó audazmente como la señora de Lantoor y volvieron a suceder las escenas que Thomas recordaba perfectamente.

También se presentó el profesor y les dictó la terrible amenaza que se proponía plantear a todos los gobiernos del mundo.

Entonces, Thomas se decidió a empezar a «fabricar la verdadera historia».

—¡Alto ahí, profesor!— exclamó, sacando una pistola.

Vera le miró con asombro.

—¡Obedéceme, querida!

—¿Qué?

—Ata bien a estos dos hombres; voy a bajar al laboratorio.

—¡Esto es un abuso!— gritó Coleman.

—¡Cállese, profesor!

Asombrada, pero también divertida, Vera, obedeció a su compañero, plenamente convencida de que deseaba «fabricar» un sensacional artículo que les haría famosos.

¡Era estupendo aquel Lantoor!

Después de convencerse de que ni el profesor ni su ayudante podían moverse, Thomas descendió al sótano descubriendo un

laboratorio completamente idéntico al que conoció en la casita...

No tardó mucho en descubrir la carga de explosivos que había preparado Coleman para hacerlo saltar todo. Unido a un mecanismo de relojería, aquella máquina infernal estaba destinada a destruir al ayudante y...

¡«Sunko»!

Acababa de verlo, en una jaula, mirándole con sus grandes ojos llenos de tristeza.

Se acercó al simpático chimpancé.

—No sabes cuánto lo siento, amigo mío; pero no puedo llevarte conmigo. Es verdad que vas a morir por segunda vez, pero no puedo hacer retroceder el tiempo para entregarte a tus amigos...

Volvió junto a la máquina infernal y cambió el horario, colocando la aguja en media hora más tarde.

Subió las escaleras de cuatro en cuatro.

—¡Vamos, Vera!

—Pero...

—¡Déjalos ahí! ¡Ya se arreglarán!

—¡Pagará usted caro todo esto, Lantoor!— rugió Coleman.

—No lo crea, profesor. Nunca me he sentido más feliz que ahora.

Salieron, arrastrando Thomas de la mano a la muchacha, que no cesaba de hacerle preguntas.

Tampoco la dejó que entrase en su coche, ya que temía que la curiosidad periodística de Vera la hiciese cometer la locura de volver...

Llevaban unos minutos de marcha, cuando una explosión tremenda sonó a sus espaldas.

—¿Qué ha ocurrido, Thomas?

—¡Descubrí una máquina infernal en el laboratorio!

—Pero... ¿por qué no sacaste a esos dos pobres?

—¿Pobres? ¿No sabes que deseaban hacernos saltar con ellos? Pude leer una nota que había escrito Coleman para los periódicos...

—¡Ese hombre está loco!

—Estaba, querida, estaba...

—Bueno, pero no me llames querida; lo de la «señora Lantoor» no ha sido más que una argucia profesional.

—¡No estoy de acuerdo!

Detuvo el coche de un frenazo brusco y, volviéndose hacia ella, dijo:

—Estoy seguro que, aunque no sea más que inconscientemente, debes conocer la profundidad del cariño que te profeso...

—¡No estoy de acuerdo!

—Como lo oyes, y ahora, después de...

La cogió en sus brazos besándola con furor.

Pasaron unos minutos y Thomas pulsó de nuevo el acelerador.

Corría a una velocidad loca.

—¿Quieres que nos matemos?

—No, no podemos matarnos, amor mío.

Ella le miró con una luz de extrañeza en los ojos.

—Te encuentro muy raro, Thomas...

—¡Y tú que lo digas, princesa!

Lantoor paró el coche ante un hotel que ella conocía apenas.

—¿Puedo saber dónde vamos?

—Espera unos minutos, amor mío; muy pocos. Voy a ver si la palanca del tiempo no me ha engañado.

Se encogió ella de hombros, sonriendo después que Thomas la hubo besado nuevamente, antes de correr hacia el edificio.

El ascensor lo dejó en la planta treinta y cuatro.

El joven aporreó la puerta con todas sus fuerzas.

Al abrirse, apareció en el dintel...

—¡Tú!— exclamó maravillado Thomas.

Templer le miraba sin comprender.

—¿Te ocurre algo malo, amigo mío?

—¿Que si me ocurre algo malo? ¡Nada de eso, Templer! Todo lo que me ocurre, desde hace un rato, es francamente maravilloso..., ¿me oyes? ¡Maravilloso!

—Cuando tú lo dices.

—¡Ven conmigo, Templer!

—¿Adonde?

—¡A mi boda! Quiero que seas uno de los testigos; aunque hoy necesito tres...

—¿Tres testigos para una boda? Pero si hay suficiente con dos.

—¡Yo necesito tres!

Arrastró a su amigo y una vez en el coche, volvió a acelerar, lanzándolo a una tremenda velocidad.

—Te advierto— dijo Templer— que no creas que por mi calidad de agente del FBI vas a evitar las multas…

—¡Estoy dispuesto a pagar todas las que me impongan!

Se detuvo ante el edificio del «Tribune».

Momentos más tarde descendía con Ferguson, el director.

Le hizo tomar asiento en el coche y, volviendo a ponerlo en marcha, exclamó:

—¡Vamos a por el testigo número tres!

—Este muchacho es muy original— afirmó Ferguson.

Cuando Simpleer, el director del periódico en el que trabajaba Vera, estuvo igualmente en el coche, Thomas lanzó una carcajada.

—¡Todos vivos! ¡Qué contento estoy!

No quiso dar explicaciones a nadie y no detuvo el vehículo hasta la puerta de la iglesia…

* * *

La ceremonia había terminado.

Todos parecían completamente felices y se dirigían, entre expresiones de alegría, a la puerta del templo.

De repente, al llegar junto al coche, Thomas se detuvo, palideció y dándose una formidable palmada en la frente, exclamó:

—¡Había olvidado a ese canalla!

Templer, a su lado, le miró con extrañeza; pero, antes de que pudiese preguntar nada, su amigo le cogió con fuerza por el brazo.

—¡Te voy a pedir un favor, Templer! ¡Tienes que detener y expulsar a Ely Petrosky, el redactor del periódico soviético «Raboti»!

—¿Tienes alguna denuncia que formular?

Entonces Thomas, más pálido que nunca, se mordió los labios. ¿Cómo iba a decir que Petrosky era el hombre que había asesinado a dos de los testigos y causado la muerte de Templer, después de que éste se convirtiese en centurión romano?

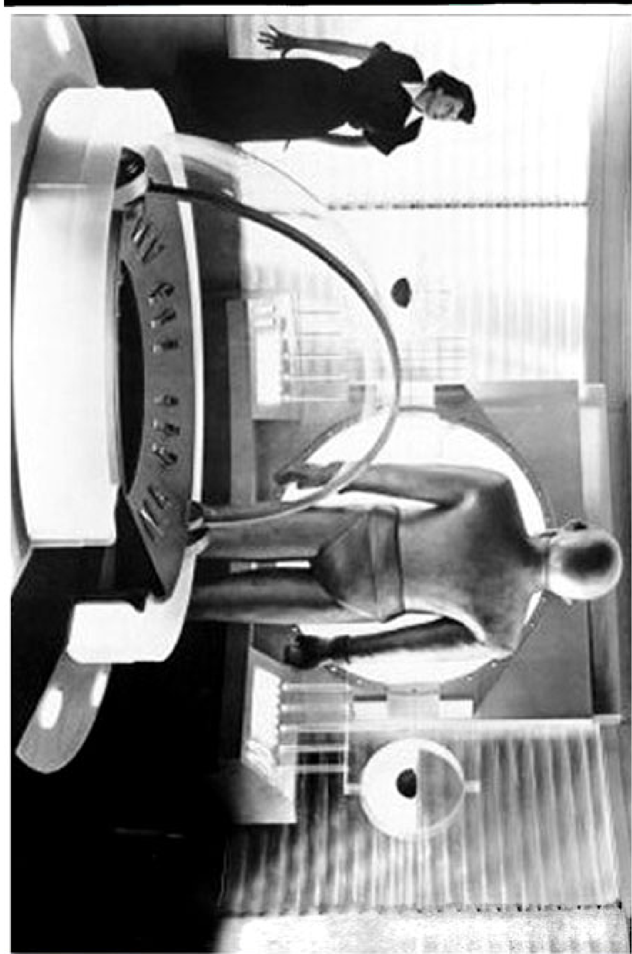
Sonrió.

—Perdona, muchacho, pero no creo tener prueba alguna contra ese sinvergüenza; pero, de todas formas, amigo, vigiladle bien; es un individuo demasiado peligroso.

Y miró, enternecido, a los dos directores de periódico que,

afortunadamente, seguían completamente vivos...





Escena de la película ULTIMATUM A LA TIERRA,
de 20th. Century - Fox

Precio en España: 6.— ptas. En Argentina: 3,5 pesos